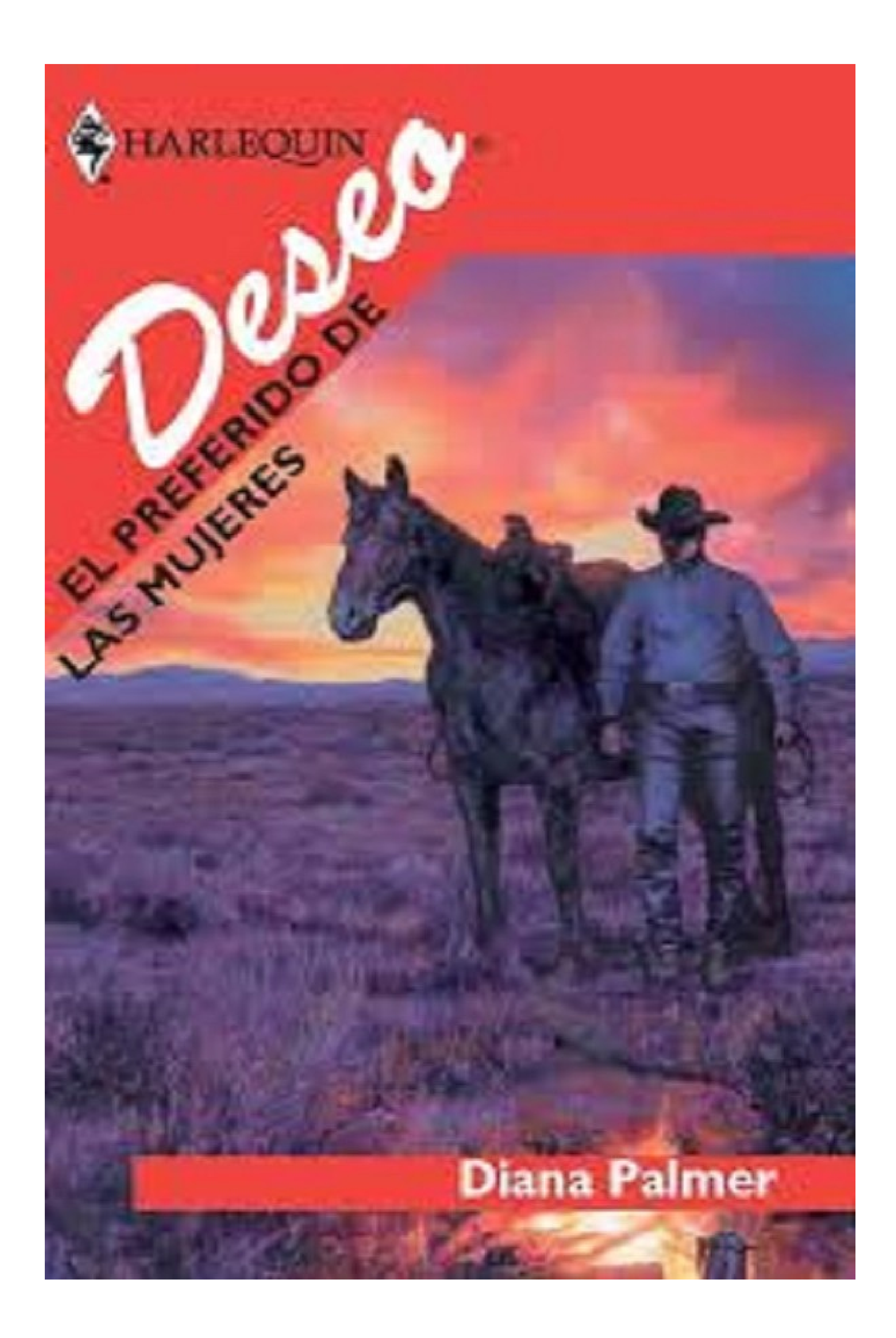

HARLEQUIN
Deseo
EL PREFERIDO DE
LAS MUJERES
Diana Palmer

Un hombre acostumbrado a controlar la situación estaba a punto de verse atrapado por el deseo.

Desde que el agente de la DEA Alexander Cobb había rechazado a Jodie Clayburn, ambos se habían convertido en enemigos. Pero ocho años después, una importante misión iba a volver a reunirlos. El cínico y duro texano no podía creer que aquella muchacha con cara de niña se hubiera convertido en una belleza capaz de ayudarlo a resolver el caso que estaba amenazando a toda la ciudad de Jacobsville. Jodie lo había conquistado y Alexander iba a hacer cualquier cosa para poseerla y protegerla.



Diana Palmer

El preferido de las mujeres

Deseo - 1311

Hombres de Texas - 27

ePub r1.0

Prólogo

Alexander Tyrell Cobb miró su mesa en la DEA de Houston y frunció el ceño. Había una fotografía de una preciosa mujer ataviada con un vestido de gala en un marco caro, el único signo visible de sus conexiones emocionales.

Al igual que la ropa conservadora que se ponía para ir a trabajar, aquella fotografía no revelaba mucho de su vida personal.

La fotografía podía llevar a engaño pues la mujer que aparecía en ella no era su novia. Era una chica con la que salía de vez en cuando y que le había regalado el marco con la foto ya puesta. El jamás había tenido la foto de una chica en un marco.

A excepción de la foto de Jodie Clayburn, que había sido la mejor amiga de su hermana Margie durante muchos años. En muchas de las fotografías familiares que tenía, aparecía Jodie.

A pesar de que no eran familia de verdad, Jodie era el único miembro de su familia que quedaba con vida; y su hermana Margie y él eran los únicos miembros de la suya que quedaban con vida también.

Los tres supervivientes de las dos familias eran muy diferentes.

Jodie estaba enamorada de Alexander. Él lo sabía e intentaba no prestarle demasiada atención. Jodie no le convenía en absoluto pues Alexander no tenía ninguna intención de casarse y tener hijos.

De haber querido tener familia, Jodie hubiera sido su elección sin duda pues tenía innumerables cualidades, pero Alexander no estaba dispuesto a decírselo porque había conseguido distanciarse de ella y no pensaba volver a acercarse.

Ahora, estaba casado con su trabajo.

Jodie trabajaba en una empresa petrolera que estaba tomando parte en una operación internacional de narcotráfico. Alexander

estaba prácticamente seguro de ello, pero no podía probarlo.

Iba a tener que encontrar la manera de investigar a uno de los conocidos de Jodie sin que nadie se diera cuenta.

Había una fiesta en el rancho de la familia Cobb en Jacobsville, Texas, aquel sábado. No le apetecía nada ir pues odiaba las fiestas y, para colmo, Margie había invitado a Jodie. Su ama de llaves se había negado a trabajar aquel fin de semana y Jodie cocinaba de maravilla y hacía unos estupendos canapés.

Su hermana también había invitado a Kirry, encargada de una tienda de moda muy importante, porque Margie era diseñadora de moda y necesitaba contactos en el sector. A Alexander, Kirry le parecía simpática pero nada más. Era una mujer que demandaba demasiado y Alexander ya tenía suficientes demandas en su trabajo.

Puso la fotografía que tenía sobre la mesa boca abajo y se concentró en la fotografía de un sospechoso de narcotráfico de Houston. Deseó no tener que ir a la fiesta, pero sabía que su hermana jamás se lo perdonaría. Si él no fuera, Kirry tampoco iría, así que debía cumplir.

Intentó olvidarse del fin de semana y concentrarse en el trabajo.

Capítulo 1

No había manera de decir que no.

Margie Cobb la había invitado a una fiesta en el rancho familiar en Jacobsville, Texas. Jodie Clayburn había utilizado todo su repertorio de excusas, incluida aquélla de que su hermano mayor, Alexander Cobb, sería capaz de tirarla a los tiburones, pero ni eso había dado resultado.

—Me odia, Margie -había protestado hablando por teléfono desde su apartamento de Houston-. Y tú lo sabes. Tu hermano preferiría no tener que volver a verme nunca más.

—Eso no es cierto -contestó Margie-. A Lex le caes bien -le aseguró sin demasiada convicción utilizando el diminutivo que muy poca gente del mundo podía utilizar con Alexander.

Por supuesto, Jodie no era una de las personas elegidas.

—Claro, ahora lo entiendo. Lo que le pasa es que disimula el afecto que me tiene mostrándose enfadado y sarcástico conmigo -comentó Jodie.

—Va a ser eso -contestó Margie con humor. Jodie se arrellanó en el sofá y se apartó el pelo rubio de la cara. Lo llevaba demasiado largo ya, pero al recordar lo mucho que le gustaba el pelo largo a Brody Vance sus ojos grises resplandecieron con un brillo especial.

Brody trabajaba en la filial de la Ritter Oil Corporation en Houston con ella y era un directivo muy prometedor, exactamente igual que ella. Actualmente, Jodie era su ayudante, pero si todo salía bien Brody sería pronto el director de recursos humanos y ella se quedaría con su puesto.

Se caían bien.

Brody tenía una novia de infarto que era la directora del departamento de marketing de una importante firma de Houston,

pero siempre estaba viajando.

Brody estaba siempre solo, así que solía comer con ella y Jodie se esforzaba por enamorarse de él. Brody estaba empezando a fijarse en ella hasta el punto de que Alexander la había acusado de querer subir en el escalafón profesional acostándose con él...

—¡De eso nada! -exclamó Jodie recordando la inesperada visita de Alexander a su despacho, acompañado por un ejecutivo de la empresa que era un amigo personal.

Aquella aparición no le había ido bien a sus nervios. Ver a Alexander sin esperárselo la había derretido de pies a cabeza aunque había intentado controlarse.

—¿Cómo dices? -dijo Margie.

—¡Nada! -dijo Jodie dando un respingo-. Perdona. Estaba pensando en voz alta. ¿Sabías que Alexander tiene un amigo que trabaja en mi empresa?

—¿Ah, sí?

—Sí, se llama Jasper Duncan y es el director de recursos humanos de nuestra división.

—¡Ah, sí, Jasper! ¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque el señor Duncan se presentó con tu hermano en mi despacho mientras yo estaba hablando con... bueno, con un buen amigo, mi jefe.

—Sí, con el que mi hermano se cree que te acuestas.

—¡Margie!

—Perdón -rió Margie avergonzada-. Ya sé que no hay nada entre vosotros, pero ya sabes cómo es mi hermano. Alexander siempre piensa lo peor. Ya sabes lo de Raquel.

—Todo el mundo sabe lo de Raquel -murmuró Jodie-. Aquello fue hace seis años y tu hermano sigue echándonoslo en cara.

—Fuimos nosotras quienes se la presentamos -dijo Margie a la defensiva.

—¿Y cómo íbamos nosotras a saber que era una prostituta que sólo quería casarse con un hombre rico?

—Venga, ven a la fiesta, por favor. Si no vienes, te vas arrepentir. Va a venir Derek.

Derek era el primo lejano de Margie, un hombre guapísimo de costumbres un tanto raras y sentido del humor bastante extraño.

—Ya sabes lo que ocurrió la última vez que Derek y yo nos

vimos.

—Seguro que mi hermano ya se ha olvidado de eso.

—Te advierto que tu primo sabe cómo convencerme para que haga lo que él quiere -dijo Jodie preocupada.

—No os dejaré ni a sol ni a sombra para que no te dejes llevar por tus impulsos. Venga, di que sí. Así, de paso, te enseño mis últimas creaciones.

—Muy bien, iré -accedió Jodie por fin-, pero si le parto una rama a tu hermano en la cabeza no digas que no te lo advertí.

—No diré nada, te lo aseguro.

—Entonces, nos vemos el viernes por la tarde alrededor de las cuatro -dijo Jodie-. Alquilaré un coche y...

—¿Por qué no te vienes mejor en avión? No quiero que te pase lo de la otra vez.

—¿Lo dices porque tu hermano tuvo que venir a sacarme del calabozo por partirle la cara al sinvergüenza que me había insultado después de golpearme en un semáforo? -dijo Jodie con ironía.

—Exacto -rió Margie.

—Muy bien, lo que tú quieras -accedió Jodie.

—Estupendo. Entonces, llámame para decirme a qué hora y en qué vuelo llegas e iremos... iré a buscarte.

—Muy bien -contestó Jodie sin darse cuenta de lo que había dicho su amiga.

—¡Hasta entonces! Ya verás lo bien que nos lo vamos a pasar.

—Seguro que sí -dijo Jodie colgando.

Nada más hacerlo, se recriminó ser tan débil.

Sabía que Alexander le iba a hacer la vida imposible. Nunca le había caído bien, pero desde que se había ido a vivir a Houston, donde él trabajaba, la aguantaba todavía menos.

Además, seguro que le iba a tocar preparar la comida, como de costumbre. No le importaba, pero a veces se sentía utilizada.

Al menos, Margie no había mencionado que la novia ocasional de Alexander, Kirry Dane, fuera a estar en la fiesta. Tener que pasar el fin de semana con aquella mujer ya sería demasiado.

Al fin y al cabo, le debía mucho a la familia Cobb. Cuando sus padres habían muerto ahogados en Florida, había sido Alexander el que había ido y se había hecho cargo de todo, incluso de consolar a

la destrozada hija de diecisiete años.

Cuando Jodie había decidido estudiar en la universidad, Alexander la había acompañado a hacer la matrícula.

Luego, cuando murió el padre de Alexander y de Margie, Jodie había ido a pasar todas las vacaciones de verano con ellos. Sus vidas estaban tan entremezcladas que a Jodie le resultaba difícil imaginarse su vida sin ellos.

Sin embargo, la relación de Alexander con ella era muy ambigua. De vez en cuando, se mostraba afectuoso a su manera, pero también se notaba que no le gustaba su presencia y lo dejaba claro metiéndose con ella constantemente.

Por lo menos, eso era lo que llevaba haciendo un año.

Jodie se puso de pie y se fue a hacer la maleta con la decisión de no pensar más en Alexander. Era una fuerza de la naturaleza que había que aceptar porque no se le podía controlar.

El aeropuerto de Jacobsville estaba lleno por ser viernes por la tarde.

Jodie miró alrededor buscando a Margie, pero no vio a ninguna mujer alta y castaña ataviada con algún vestido atrevido.

Lo que sí vio, que la hizo pararse en seco, fue a un hombre alto de pelo oscuro vestido con un traje gris, un hombre de espaldas anchas, caderas estrechas y botas de cuero.

El hombre se dio la vuelta y la vio. Incluso a aquella distancia, sus ojos verdes eran formidables. Exactamente igual que él. Parecía increíblemente enfadado.

Jodie se quedó muy quieta, como si hubiera visto una cobra, y esperó a que él se acercara. Mientras lo hacía, tomó aire y se preparó para el combate.

Alexander tenía treinta y tres años, ocupaba un puesto de responsabilidad en la DEA y vivía en Houston, mientras su hermana pequeña se hacía cargo del rancho familiar.

No solía sonreír, tenía mal genio y, desde luego, se ponía de lo más profesional cuando llevaba su automática del cuarenta y cinco en el cinturón.

Durante los dos últimos años, había estado intentando encerrar a un narcotraficante internacional llamado Manuel López que había muerto misteriosamente en una explosión en las Bahamas.

Ahora, seguía la pista a su sucesor, un ciudadano de

Centroamérica con fama de tener conexiones en la ciudad de Houston.

Jodie se había enamorado perdidamente de él siendo una adolescente. Incluso le había escrito un poema de amor. Alexander, con su típica eficiencia, había marcado los errores y le había comprado un libro de gramática.

Como consecuencia de aquello, la autoestima de Jodie había entrado en barrena y desde entonces se había guardado sus sentimientos para ella.

Desde que se había ido a vivir a Houston, lo había visto en pocas ocasiones. Cuando iba a ver a Margie al rancho, sólo coincidía con él en Navidad. Todo parecía indicar que la evitaba.

En aquellos momentos, sin embargo, no la estaba evitando en absoluto. Muy al contrario, la estaba mirando fijamente.

Jodie tuvo que apretar el mango de la maleta pues le flojeaban las piernas.

Aquel hombre era todo sensualidad, elegancia y arrogancia. A Jodie siempre le había fascinado, pero esperaba que no se le notara y para ello intentaba disimular haciendo ver que eran enemigos.

Alexander se paro frente a ella y la miró a los ojos.

—Llegas tarde -le dijo.

—No he podido pilotar yo el avión -contestó ella con sarcasmo-. No he tenido más remedio que dejar que una pandilla de hombres me trajera.

—Tengo el coche en el aparcamiento. Vamos -dijo Alexander sin prestar atención a su comentario.

—Tu hermana me había dicho que me iba a venir a buscar -murmuró Jodie arrastrando su maleta.

—Margie sabía que yo iba a tener que venir al aeropuerto y me ha dicho que te esperara. En cualquier caso, ninguna mujer suele ser puntual.

—Me podrías ayudar, ¿no? -preguntó Jodie sudando.

—¿Con la maleta? -dijo Alexander enarcando una ceja-. Ni por asomo.

—Desde luego, no tienes nada de caballero.

—Jamás lo he tenido -contestó Alexander encantado.

—Te odio -dijo Jodie apretando los dientes. -Para variar -dijo Alexander encogiéndose de hombros y sacándose las llaves del

bolsillo.

Jodie intentó darle una patada en el trasero y, al fallar, estuvo a punto de perder el equilibrio.

—Agredir a un agente de la ley es un delito -le advirtió Alexander sin darse la vuelta.

Jodie no tuvo más remedio que seguirlo hasta el aparcamiento, repitiéndose una y otra vez que si, por algún tipo de milagro, algún día agredir a un agente de la ley dejara de ser delito ella tenía muy claro a por qué agente de la ley iba a ir.

Cuando llegaron al coche, un elegante jaguar blanco, Alexander metió la maleta de Jodie en el maletero, pero no le abrió la puerta.

No era extraño que un agente federal tuviera un coche tan caro pues tanto él como su hermana eran increíblemente ricos. Su madre les había dejado mucho dinero y, a diferencia de su hermana, que no trabajaba, Alexander prefería ganarse la vida por sus propios méritos, algo que Jodie admiraba.

—¿Qué tal tu novio? -le preguntó Alexander poniendo el coche en marcha.

—Yo no tengo novio -contestó Jodie secándose el sudor.

Hacía mucho calor para ser agosto, incluso en el sur de Texas.

—¿Ah, no? No me pareció a mi lo mismo el otro día.

—Es mi jefe.

—Una pena. De todas formas, el día que me pasé por tu despacho me pareció que no le quitabas los ojos de encima.

—Eso es porque es guapo -contestó Jodie con deliberado énfasis.

—En la DEA ser guapo o no, no te hace ascender.

—Tú sabrás. Al fin y al cabo, llevas media vida ahí.

—No es para tanto. Sólo tengo treinta y tres años.

—Lo que yo decía, casi tienes un pie en la tumba...

—Y tú veinticinco, ¿no? ¿Y todavía no te has casado?

Alexander sabía que aquello le iba a doler. Jodie desvió la mirada. Hasta hacía pocos meses, había tenido un sobrepeso bastante grave y todavía vestía con ropas muy holgadas que no marcaban en absoluto su bonita figura.

—No voy a poder soportarlo -protestó cruzándose de brazos-. ¡Tres días contigo y voy a tener que ir al psiquiatra!

Aquello hizo sonreír a Alexander.

—Tu hermana me dijo que me iba a venir a buscar -repitió Jodie

enfadada.

—Me dijo que viniera yo porque tú se lo habías pedido. Todavía te sigo gustando, ¿verdad? -preguntó Alexander con sarcasmo.

Jodie lo miró con la boca abierta.

—¡Eso es mentira! ¡No le he dicho a tu hermana que me vinieras a buscar! De hecho, le dije que alquilaría un coche para venir, pero ella insistió en que viniera en avión...

Dicho aquello, transcurrieron unos minutos en silencio.

—Lo cierto es que has adelgazado tanto que el otro día, cuando fui a tu oficina a ver a Jasper, no te reconocía.

—Sí, cuando estaba gorda era diferente.

—Nunca estuviste gorda -apuntó Alexander enfadado-. Eras voluptuosa, que es diferente.

Jodie lo miró de reojo.

—Estaba muy gorda.

—¿Y te crees que a los hombres nos gustan las mujeres muy delgadas?

—No lo sé -contestó Jodie revolviéndose incómoda en el asiento.

—Tenías mala imagen de ti misma y la sigues teniendo. A ti no te pasa nada excepto que tienes una lengua viperina.

—¡Mira quién fue a hablar!

—Si no grito, nadie me escucha.

—Tú nunca gritas -lo corrigió Jodie-. Te basta con mirar a la gente para hacerla salir corriendo.

Aquello hizo sonreír a Alexander.

—Sí, es que practico en el espejo del baño.

Jodie hizo como que no había oído aquello.

—He oído que Manuel López murió misteriosamente en las Bahamas hace un par de años -comentó para cambiar de tema-. ¿Tuviste tú algo que ver en aquello?

—Los agentes de la DEA no nos dedicamos a matar narcotraficantes.

—Pues alguien lo hizo y dicen que fue uno de los antiguos mercenarios de Jacobsville.

—Es cierto que Micah Steele estaba por allí cuando mataron a López -admitió Alexander-, pero jamás se le ha relacionado con su muerte.

—Volvió a Jacobsville y se casó con Callie Kirby -le informo

Jodie-. Ahora tienen una niña.

Alexander asintió.

—Sí, ahora está de médico residente en el Jacobsville General y quiere montar una consulta privada cuando termine la especialización.

—Me alegro por Callie -murmuró Jodie mirando ausente por la ventana-. Ella siempre quiso casarse y tener hijos y llevaba enamorada de Micah toda su vida.

Alexander la miró con curiosidad.

—¿Tú no te querías casar también?

Jodie no contestó.

—Así que ahora López está fuera de juego y nadie lo ha sustituido. Supongo que no tendrás mucho que hacer, ¿eh?

—López tiene sucesor. Se trata de un peruano que vive en México -contestó Alexander-. Tiene amigos en Houston que lo están ayudando a meter la droga en Estados Unidos.

—¿Y sabes quiénes son? -preguntó Jodie emocionada.

—¿Te crees que te voy a dar los nombres? -contestó Alexander con frialdad.

—No hace falta que te pongas así, Cobb -dijo Jodie volviendo a mirar por la ventana.

—Por cierto, ¿te has acostado ya con el tonto de tu jefe? -preguntó Alexander al cabo de un rato.

—¡No es ningún tonto! -exclamó Jodie ofendida.

—Come tofu y quiche, tiene un descapotable rojo antiguo, juega al tenis y no sabe programar un ordenador.

Jodie se dio cuenta inmediatamente de que Alexander sabía muchas cosas sobre su jefe.

—¡Le has investigado! -lo acusó.

Alexander se limitó a sonreír.

Capítulo 2

-No puedes ir por ahí metiéndote en la vida de los demás -protestó Jodie-. ¡Eso no se hace!

—Estoy buscando a un directivo de alto nivel que trabaja para el nuevo narcotraficante en la zona -contestó Alexander con calma-. He investigado a todos los que coinciden con ese perfil. Incluso te he investigado a ti.

—¿A mí? -exclamó Jodie.

—Debí haber supuesto que, con la vida social que tú tienes, no eras sospechosa. Yo en tu lugar me metería en un convento.

—Ibas a estar muy guapo con el hábito y la toca...

—Es una forma de hablar -la interrumpió Alexander tomando la carretera que llevaba al rancho-. Llevas años sin salir con un chico. Increíble teniendo en cuenta la cantidad de solteros que viven en tu edificio -añadió mirándola con intensidad-. ¿Estás segura de que no sigues enamorada de mí?

—Por supuesto que estoy enamorada de ti -bromeó Jodie-. De hecho, he venido a la fiesta de tu hermana para decidir cómo voy a envenenar a todas tus novias.

—Entendido -rió Alexander.

—¿De cuál de mis vecinos de edificio sospechas exactamente?

Alexander dudó.

—No te lo puedo decir -contestó-. De momento, sólo es una sospecha.

—Te podría ayudar a atraparlo -se ofreció Jodie-. Si me das una pistola, por supuesto.

Alexander se volvió a reír.

—Si disparas tan mal como conduces, Jodie, vamos apañados.

En ese momento, llegaron al rancho.

Margie oyó el coche y salió al porche a recibirlos. Era una mujer alta y de ojos verdes, como su hermano, pero tenía el pelo con reflejos caobas. Era muy guapa, a diferencia de la pobre Jodie, y todo lo que se ponía le quedaba bien.

—¡Cuánto me alegro de verte! -exclamó abrazando a su amiga.

—Creí que me ibas a ir a buscar al aeropuerto -contestó Jodie malhumorada.

Margie se quedó en blanco unos segundos.

—Sí, tienes razón -se disculpó-. Lo que pasa es que me he liado con uno de mis diseños y se me ha ido el santo al cielo. Además, Lex ya estaba en el aeropuerto porque había ido a buscar a Kirry. Lo que ha sucedido es que Kirry no ha podido ponerse en contacto con él pues Lex se ha dejado el teléfono móvil en casa y, entonces, me ha llamado a mí para decirme que al final iba a llegar mañana por la tarde. Cuando Lex ha llamado extrañado porque Kirry no llegaba, le he pedido, ya que estaba en el aeropuerto, que te esperara para traerte a casa.

Por lo visto, Margie no se había parado a pensar que para Jodie iba a ser muy duro pasar el fin de semana con Alexander y su novia. Claro que su amiga no sabía que seguía perdidamente enamorada de su hermano.

—Va a venir mañana para ver mis diseños -continuó Margie.

Jodie sintió que se le partía el corazón. ¿Cómo iba a soportar todo el fin de semana viendo a Alexander y a Kirry haciéndose carantoñas? Tendría que haberse quedado en casa.

Alexander miró la hora.

—Tengo que hacer unas cuantas llamadas, así que me voy a mi despacho -anunció.

—Margie, me tendrías que haber dicho que iba a venir Kirry. De haberlo sabido, no habría venido. Ahora entiendo por qué tu hermano está tan enfadado -se lamentó Jodie una vez a solas con Margie.

—Esta casa también es mía y yo invito a quien me da la gana -contestó Margie.

Jodie supuso que había discutido con su hermano por ver si la invitaban o no a la fiesta y aquello le dolió todavía más.

—Eres mi mejor amiga, Jodie, y te necesito a mi lado. Kirry es una mujer moderna y sofisticada. No le gusta venir aquí y me hace

sentir insegura, pero necesito su ayuda para que la tienda en la que trabaja me compre mis diseños. Además, Kirry y Lex juntos me ponen de los nervios «¿Y qué hay de mis nervios?», pensó Jodie.

Sin embargo, sonrió como si no pasara nada. Margie era su mejor amiga y le debía mucho, así que iba a tener que aguantarse.

—No seguirás colada por mi hermano, ¿verdad? -le preguntó Margie antes de entrar en la casa.

—¡Ya os vale con esa pregunta a ti y a tu hermano! -protestó Jodie-. Además, hay un chico en la oficina que me gusta. El único problema es que sale con otra chica.

—Pobrecilla, siempre te pasa lo mismo -se lamentó Margie.

Jodie sintió como si le pisotearan el ego.

—¿Te he dicho que mi primo Derek ya ha llegado? Ya ha revolucionado todo con su presencia. Para empezar, y como era de suponer, Jessie se ha ido todo el fin de semana.

—Eso quiere decir que no tienes cocinera...

—Bueno, te tengo a ti. No te importa, ¿verdad? Tú haces los mejores canapés del mundo.

—No, no me importa -mintió Jodie.

—Además, tendremos que asegurarnos que Derek no se pone en el camino de Alexander.

A Jodie siempre, le había caído bien Derek, el primo salvaje de Oklahoma. Era un vaquero que se ganaba la vida en el rodeo; era alto y musculoso, guapo y divertido.

Alexander no lo aguantaba pero Margie lo adoraba, a pesar de que no sabía que en realidad no era su primo.

Hacía ya tiempo que el propio Derek le había contado a Jodie que su relación con la familia Cobb no era lo que parecía, pero había insistido en que no dijera nada. Jodie no sabía por qué, pero no lo había contado.

—Espero que no se te ocurra ayudarle a hacer ninguna locura -le advirtió Margie-. Lex todavía no sabe que ya está aquí. Todavía no se lo he dicho.

—¡Margie! -exclamó Alexander saliendo de su despacho.

—Me parece que se acaba de enterar.

Al entrar en la casa, se encontraron con Derek apoyado en la barandilla de la escalera. Alexander estaba frente a él sujetando a una gallina del cuello.

—Me la había dejado como cojín sobre la silla de mi despacho -protestó Alexander dejando el animal en el suelo y volviendo a cerrar la puerta maldiciendo.

—¿Cómo está mi chica preferida? -exclamó Derek tomando a Jodie en volandas.

—Me alegro mucho de verte -contestó Jodie besándolo en la mejilla-. Estás estupendo.

—Tú también -dijo Derek-. Por cierto, Margie, me encanta la falda que llevas.

—¿De verdad? Me la he hecho yo.

—A ver cuándo empiezas a vender esas cosas tan bonitas que haces.

—Eso es lo que intento. La novia de Lex, Kirry, está intentando que su tienda me organice un desfile.

—Kirry, ¿eh? Y creíamos que Raquel era mala...

—No menciones ese nombre en esta casa -le advirtió Margie.

—Al lado de Kirry, Raquel era una santa -insistió Derek-. Ésa va detrás del dinero, ya verás.

—A mi hermano le gusta.

—Sí, y también le gusta el hígado encebollado -dijo Derek haciendo una mueca de asco.

Aquello hizo reír a jodie.

—¿Por qué no se fija en ti? Tú serías perfecta para él -observó Derek.

—No digas tonterías -contestó Jodie intentando sonreír-. No soy su tipo en absoluto.

—Tú siempre ayudas a todo el mundo, te gustan los perros, los gatos y los niños y no te gusta salir de marcha por las noches. Eres perfecta.

—A Alexander le gusta la ópera y el cine -objetó Jodie.

—¿Ya ti no? -preguntó Derek.

Margie lo tomó del brazo.

—Vamos a tomarnos un café mientras nos cuentas tu último rodeo.

Jodie los siguió sospechando que aquel fin de semana no iba a ser precisamente el mejor de su vida.

Al llegar, se encontró con Johnny, un viejo vaquero que le recordaba a su padre.

—¡Hola, Johnny! -lo saludó desde lo alto de la valla.

Llevaba unos vaqueros, una camisa de franela y el pelo recogido en una coleta. Parecía que tenía doce años.

El hombre sonrió encantado.

—¡Hola, Jodie! ¿Has venido a ver a mis niños?

—¡Por supuesto!

—¿A que son preciosos?

—Sí, lo son -suspiró jodie-. Echo mucho de menos estar en contacto con los animales. En Houston lo máximo que puedo hacer es ir al rodeo.

—Es una pena que perdieras a tus animales cuando murieron tus padres.

Era cierto. Como consecuencia de la muerte de sus padres, Jodie había perdido su rancho. De hecho, si no hubiera sido porque Alexander la matriculó en la universidad y pudo vivir en el campus hubiera vivido en la calle.

—El tiempo lo cura todo -sonrió Jodie con tristeza-. Además, vengo aquí de vez en cuando y así veo a los animales.

—Ojalá vinieras más. Ojalá vinieras tú y no esa maldita mujer que odia a mis terneros y que nos mira a los vaqueros como si fuéramos inferiores -se quejó el hombre irritado.

—Paciencia -le dijo Jodie dándole una palmadita en el hombro.

—¿Por qué no te vuelves aquí? Cada vez hay más trabajo en Jacobsville.

Un rato después, se escapó por la puerta de la cocina y se dirigió a las cuadras para ver a los nuevos terneros.

—¿No tienes nada que hacer, Johnny? -preguntó una voz con frialdad a sus espaldas.

—Iba hacia las cuadras y me he parado a saludar a la señorita Jodie -contestó el hombre.

—Me alegro de volver a verte -se despidió Jodie.

—Lo mismo digo -contestó Johnny tocándose el sombrero y metiéndose en las cuadras.

—Por favor, no distraigas a los empleados -le dijo Alexander a Jodie con dureza.

Jodie se bajó de la valla y lo miró a los ojos.

—Johnny era amigo de mi padre y me gusta ser educada con la gente que me cae bien -le contestó dándose media vuelta para

volver a la casa.

—¿Huyes?

Jodie se giró hacia él.

—No pienso ser tu cabeza de turco.

—No sé a qué te refieres.

—Lo sabes perfectamente. Estás de mal humor porque Derek está aquí y Kirry todavía no ha llegado, pero no lo pagues conmigo.

Como de costumbre, Jodie había sabido al instante lo que había puesto de mal humor a Alexander. Era algo que ni siquiera su hermana podía hacer.

—Tengo que irme a ayudar a Margie con la comida.

—¿Qué vas a preparar?

—Pollo al horno con ajo y especias, puré de patata, macedonia, pan y galletas caseros, espárragos y tarta de chocolate -contestó Jodie.

—¿Sabes cocinar? -preguntó Alexander atónito.

—¿No te habías dado cuenta? Siempre que estoy aquí, cocino yo. Lo llevo haciendo muchos años -contestó Jodie alejándose.

Alexander no dijo nada más, pero frunció el ceño pensativo.

La comida resultó maravillosa.

Margie y Derek no dejaron de decirlo, pero Alexander estaba increíblemente callado. De hecho, no habló hasta que se hubo tomado la tarta y dos tazas de café.

—Siempre me has dicho que cuando Jessie no estaba cocinabas tú -acusó a su hermana.

Margie se sonrojó y se le cayó el tenedor. Jodie la miró sorprendida.

—A mí siempre me decías que no querías estar sola cuando Jessie no estaba -le recordó Jodie.

Alexander apretó los dientes, dejó la servilleta sobre la mesa y se puso de pie.

—Margie, eres tan insensible como un cactus -le dijo a su hermana enfadado.

—¿Y tú eres mejor que yo? Eres tú el que se queja cuando invito a Jodie aun a sabiendas de que no tiene otra familia que no seamos nosotros... ay, madre.

Jodie ya se había puesto de pie y estaba recogiendo la mesa. No dijo nada. Sin embargo, le dolía saber que Alexander no la

soportaba y que su amiga la invitaba para que cocinara.

—Te ayudo a recoger, cariño -dijo Derek mirando a ambos hermanos-. Sois los dos de lo que no hay. Acabáis de hacer sufrir a Jodie y ni siquiera os habéis dado cuenta. ¡Menuda segunda familia!

—No te lo tomes de manera personal, Derek -le aconsejó Jodie una vez a solas en la cocina-. Los insultos me dan igual. Estoy acostumbrada a que Alexander se comporte mal conmigo desde siempre. Ya no lo escucho.

Derek la miró a los ojos y vio su pena.

—Te destroza el corazón cada vez que te habla mal. No sabe lo que sientes por él cuando hasta un ciego se daría cuenta.

Jodie le acarició la mejilla.

—Eres muy bueno, Derek.

Derek se encogió de hombros.

—Sí, y mira de lo que me sirve. Las mujeres pasan de mí pero se vuelven locas por Alexander, que es un borde.

—Algún día, una mujer se enamorará de ti, ya lo verás.

—¿Podrías ser tú?

—Eres un encanto -sonrió Jodie-, pero yo tengo el ojo echado a mi jefe, que sale actualmente con una mujer que lo trata fatal.

—Espero que se dé cuenta de que estaría mejor contigo.

En aquel instante, entró Alexander en la cocina.

—-¿Querías añadir algo al hecho de que no te haga ninguna gracia ver a Jodie? -le espetó Derek.

—Lo que ha dicho Margie ha sonado de una manera que no se ajusta a la realidad -se defendió Alexander.

—Lo que dice Margie nunca parece ser realidad porque nunca se para a pensar que las palabras pueden hacer daño. Ha invitado a Jodie sólo porque sabe hacer canapés para la fiesta de mañana, ¿no lo sabías?

—Soy una canalla -admitió Margie entrando en la cocina-. No he querido hacerle daño a nadie. Jodie es mi mejor amiga y la adoro y ella lo sabe.

—Pues tienes una manera muy bonita de demostrárselo -le reprochó su primo.

—Si quieres vete, y perdona -le dijo Margie a Jodie sin atreverse a mirarla a los ojos.

—Cocinar no me importa -le aseguró Jodie abrazándola-. Si no hubiera querido venir, no habría venido -le aclaró.

—¿Cuando hayas terminado con los platos, Jodie, te importaría lavarme el coche? -dijo Derek con sarcasmo.

—¡Cállate! -lo reconvino su prima.

—Cállate tú y friega los platos -le espetó Derek.

—Tenemos lavaplatos -intervino Alexander.

—Vaya, veo que te has dado cuenta -se burló Derek.

Alexander maldijo y salió de la cocina.

—Uno a cero -dijo Derek.

—No sigas con eso o te va a echar y yo me voy a tener que quedar todo el fin de semana aquí con Kirry y con Alexander -dijo Jodie.

—¿Kirry? ¿Has invitado a Kirry? -dijo Derek mirando a Margie.

—¡Es la invitada de honor!

—Me voy ahora mismo -anunció Derek-. Lo siento mucho, pero no soy masoquista.

—¡Pero si acabas de llegar! -protestó Margie.

—Deberías haberme dicho quién venía a la fiesta. Si hubiera sabido que iba a venir ella, yo me habría quedado en San Antonio. ¿Te vienes conmigo, Jodie?

—Es mi amiga -contestó Margie mirándolo con frialdad.

—No lo es. Si lo hubiera sido, no la habrías arrastrado hasta aquí para pasar el fin de semana con Kirry.

—Yo mejor me voy -dijo Jodie volviendo al comedor para terminar de recoger la mesa.

Derek se acercó a Margie.

—¿No sabes acaso lo que siente Jodie por tu hermano?

—¡Me ha dicho que no está enamorada de él desde hace mucho! -se defendió Margie.

—Mentira. Sigue tan enamorada de él como siempre. Sufre estando con él y, para colmo, tú la obligas a aguantar a Kirry. ¿Cómo crees que se va a sentir cuando los vea juntos?

Margie se mordió el labio inferior.

—Me había dicho...

—Obviamente, te lo ha negado, pero tú deberías haberte dado cuenta, Marge.

—¡No me llames Marge!

Derek se inclinó sobre ella y le dio un beso en los labios.

Margie lo miró sorprendida. -Somos primos...

—No, no somos parientes directos y te advierto que un día te voy a subir a lomos de mi caballo y te voy a llevar lejos de aquí -contestó Derek-.

Hasta luego, cariño.

Cuando Jodie volvió a la cocina, se encontró a Margie sola.

—¿Qué te pasa?

—Derek me acaba de besar. -Se pasa el día besándote. Margie tragó saliva. -No de esa manera. -Ya iba siendo hora. -¿Qué?

—Nada -contestó Jodie-. ¿Te importaría abrirme la puerta del lavaplatos?

Margie salió de su trance y ayudó a su amiga. -No dejes que lo que ha dicho Derek te influya. Intenta ayudarme, pero te aseguro que a mí no me importa hacer lo que sea por Alexander y por ti. Os debo mucho...

—No nos debes nada -le aseguró Margie-.

Oh, Jodie, no deberías permitirme que me aproveche de ti de esta manera. La próxima vez, dímelo. Acostúmbrate a decir lo que piensas. -Sí, normalmente no lo hago. Por eso precisamente no he subido en la empresa. No me gustan las confrontaciones.

—Ya tuviste bastantes de pequeña, ¿verdad?

Jodie se sonrojó.

—Mis padres eran buenas personas.

—Sí, pero se pasaban el día peleándose, exactamente igual que los nuestros. Mi madre no paraba de beber y siguió odiando a mi padre incluso después de muerto. Por eso, mi hermano tiene tantos problemas con las mujeres. Ya en el colegio tenía complejo de inferioridad.

—Parece ser que ya no es así.

—No te creas. Si lo hubiera superado de verdad no estaría con Kirry pues él se merece algo mejor.

—Creí que te caía bien.

—Más o menos. Lo cierto es que lo único que me interesa de ella es que trabaja en una tienda en la que yo quiero vender mis diseños.

—Oh, Margie -dijo Jodie sacudiendo la cabeza.

—Lo sé. Utilizo a la gente -admitió Margie-, pero intento ser

siempre agradable y educada y suelo mandar flores o algo después, ¿verdad?

Jodie no pudo evitar reírse.

—Sí -contestó-. Venga, vamos a poner el lavaplatos y luego decidimos los canapés que vamos a hacer para mañana.

Jodie sabía que se iba a pasar todo el día siguiente cocinando pues había que dar de comer a cuarenta personas, pero ya lo había hecho otras veces y, además, Margie era su mejor amiga.

Capítulo 3

Jodie se despertó al amanecer y se puso a hacer galletas y canapés. Acababa de hacer el desayuno cuando Alexander apareció en la cocina ataviado con vaqueros y camisa de franela. Obviamente, se acababa de duchar.

—He hecho el desayuno -dijo Jodie sin mirarlo para no abalanzarse sobre él.

—¿Hay café?

—En la cafetera.

Alexander se sirvió una taza y la observó mientras preparaba los canapés.

—Derek no me cae bien, pero tiene razón en una cosa. No deberías dejar que mi hermana te utilizara.

—Margie y tú me ayudasteis cuando no tenía a nadie más -contestó Jodie-. Considero que debo hacer lo que sea por ella.

—Te vendes barato.

—Me gusta que los demás hagan cosas por mí sin pedírselas -contestó Jodie metiendo los canapés en el horno.

—¿Has desayunado?

—No, no tengo tiempo.

—Tienes que comer algo.

—No tengo tiempo -insistió Jodie.

Alexander se quedó mirándola mientras ella batía unos huevos y se dio cuenta de que con Jodie se sentía a gusto. No le ocurría lo mismo con los desconocidos. Intentaba disimular haciendo ver que era una persona estoica y natural, pero realmente era introvertido y no sabía relacionarse con personas ajenas a su trabajo.

Se dio cuenta de que Jodie era parecida. Era extremadamente tímida con la gente que no trabajaba con ella y aquella noche, en la

fiesta, iba a tener que hablar con gente a la que no conocía de nada y que probablemente no le iba a caer bien.

Las amigas de Kirry eran todas de la alta sociedad. Ni siquiera él se sentía cómodo en su presencia, así que seguro que a Jodie le iba a pasar lo mismo.

Tenían coches caros, se iban de vacaciones a Europa, lucían diamantes, se movían con famosos y clasificaban a sus amistades según el dinero y la posición social que tuvieran. En su mundo, el bien y el mal no tenían cabida.

—No te van a gustar los invitados -dijo en voz alta.

—Voy a estar en la cocina la mayor parte del tiempo -contestó Jodie.

—¡Eres una invitada, no la criada! -protestó Alexander.

—No digas tonterías -murmuró Jodie-. Ni siquiera tengo ropa bonita que ponerme para una fiesta así. Sería una vergüenza.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Porque Margie me lo pidió.

Alexander se puso de pie y salió de la cocina.

Jodie se iba a arrepentir de haber ido.

La fiesta estaba en todo su apogeo.

Alexander había ido a buscar a Kirry al aeropuerto y al llegar a casa le había llevado las maletas a su habitación, situada en el mismo pasillo que la de Jodie.

Kirry, rubia y esbelta, provenía de una familia rica como la de Alexander. Saludó a Jodie como si no la viera y se limitó a hablar con Margie y con Alexander durante la comida.

Por fortuna, hubo otra gente que sí le hizo caso, como una pareja mayor a la que la vida le debía de ir muy bien a juzgar por los increíbles diamantes que ella lucía.

Después de comer, Kirry le pidió a Alexander que la llevara a la ciudad y Jodie aprovechó para meterse en la cocina.

Se había puesto un vestidito negro que se había comprado en las rebajas a juego con unos zapatos de tacón, pero todo ello quedaba oculto bajo el delantal que vistió durante toda la jornada.

Eran casi las diez de la noche cuando pudo salir de la cocina para ver un rato a Margie y a sus amigas, pero para entonces Margie estaba con Kirry y Jodie no se pudo acercar.

Se quedó en un rincón deseando que Derek estuviera allí. Por lo

menos, así, tendría a alguien con quien hablar.

Alexander se dio cuenta de que estaba sola y de que lo había estado durante la inmensa mayoría del día e intentó ponerse de pie para ir a su lado, pero Kirry se lo impidió.

Era una mujer muy posesiva y aquello no agradaba a Alexander.

Al poco rato, Jodie había descubierto el champán. Jamás bebía, pero aquella noche se estaba sintiendo especialmente marginada. Tras beberse tres copas, dejó de importarle que los invitados de Margie y de Alexander la trataran como la criada que se intentaba meter en sus conversaciones.

Se dio cuenta de que el champán le había subido cuando fue a entrar en la cocina y se golpeó con el marco de la puerta.

Aquello llamó la atención de un hombre que había cerca con cara de aburrido. Se trataba de un corredor de fórmula uno al que su mujer había arrastrado hasta aquella fiesta. Miró a Jodie y, a pesar de aquel vestido que le favorecía muy poco, se sintió intrigado por ella.

—¿Te has hecho daño? -le preguntó con acento extranjero.

Jodie lo miró y sonrió.

Era un hombre guapo de pelo oscuro y rizado y ojos negros.

—No, tengo la cabeza muy dura -contestó-. ¿Cómo te llamas?

—Francisco -contestó él-. Eres la primera que me lo pregunta en toda la noche. Soy extranjero.

—¿De verdad?

—Sí, soy de Madrid, ¿no te has dado cuenta por mi acento?

—No, lo siento, no hablo idiomas -se lamentó Jodie bajando la mirada-. Tampoco sé nada de economía ni soy amiga de famosos y, desde luego, nunca he estado de vacaciones en el extranjero, así que creo que me voy a ir a la cocina.

Aquello hizo reír a Francisco.

—¿Puedo ir contigo?

Jodie le miró la mano izquierda y comprobó que no llevaba alianza.

Francisco se la sacó del bolsillo de la chaqueta.

—No las llevamos en las fiestas -le aclaró-. Mi mujer insiste en ello. Es aquélla de allí -le dijo señalando con desprecio a una mujer alta y rubia con un vestido rojo que estaba apoyada en otro hombre.

—Es muy guapa -comentó Jodie.

—Es una fresca -contestó Francisco-. El hombre con el que está ahora mismo es un actor que va a llegar muy alto. No tiene dinero, pero ella sí, así que le financia la carrera a cambio de sus favores sexuales.

Jodie sintió que los ojos se le salían de las órbitas.

—No te preocupes, tenemos un matrimonio así de abierto. Ella hace lo que quiere y yo también.

—¿No la quieres? -preguntó Jodie con curiosidad.

—Eres una chiquilla -suspiró Francisco-. Me casé con ella porque su padre era el dueño de la escudería. Ahora que soy su yerno puedo conducir el fórmula uno.

—¡Así que eres el corredor de fórmula uno! -exclamó Jodie-. Kirry dijo que ibas a venir.

—Kirry -dijo Francisco con asco-. Fue mi diversión del año pasado -murmuró-. Estaba loca por que la vieran en Mónaco.

Jodie estaba anonadada ante tanta sinceridad. ¿Lo sabría Alexander? ¿Le importaría?

—Parece que a su novio no le caigo bien -murmuró Francisco dándose cuenta de que Alexander los estaba mirando-. ¿No serás su prima o algo así?

—No -contestó Jodie-. ¡Soy la cocinera!

—¿Perdón?

Para entonces, Alexander había llegado junto a ella y le había quitado la copa de champán de las manos.

—No la voy a romper -murmuró Jodie-. ¡Sé que es de cristal de Waterford!

—¿Cuántas copas te has tomado? -quiso saber Alexander.

—No me hables así -contestó Jodie-. Me he tomado tres copas y no estoy borracha.

—Ya, claro -dijo Alexander agarrándola de los brazos-. Ya me hago cargo yo de ella -añadió mirando a Francisco.

El corredor de fórmula uno suspiró.

—Muy bien. Encantado de conocerte, Jodie.

—Lo mismo digo. ¡Es la primera vez que conozco a un corredor de fórmula uno!

Alexander se la llevó pasillo arriba.

—¿Quieres parar? -se quejó Jodie dando traspiés con los

tacones.

Alexander la metió en la biblioteca y cerró la puerta.

—¿Y tú quieres dejar de seducir a hombres casados? Gómez y su mujer ocupan actualmente las portadas de la mitad de la prensa amarilla de Texas.

—¿Por qué?

—Porque el padre de ella acaba de morir y ha heredado la empresa. La quiere vender y su marido se ha enfrentado a ella en los tribunales.

—¿Y siguen casados?

—Por lo visto, sí, pero me han dicho que ella está embarazada de otro.

—Me encantan las amistades que tenéis Margie y tú -apuntó Jodie con desprecio.

—Amistades con las que tú jamás encajarías -contestó Alexander.

—Desde luego. Además, no quiero. En el mundo en el que yo vivo, la gente se casa por amor y tiene hijos por amor. ¡Esos de ahí fuera no saben lo que es el amor!

—Debes de estar muy cansada -apuntó Alexander-. ¿Por qué no te vas a la cama?

—¿Por qué no te vienes conmigo? -sonrió Jodie.

Alexander se quedó mirándola anonadado y Jodie aprovechó para mojarse los labios, tal y como había leído en una revista. Por lo visto, aquello excitaba a los hombres.

Se apoyó en él como había visto hacer a la mujer de Francisco con el otro hombre y lo acarició con la pierna.

—Me miras, pero no me ves -murmuró besándolo en el cuello-. No soy guapa ni soy sexy, pero moriría por ti...

La interrumpieron los labios de Alexander, que se apoderaron de su boca con ferocidad.

No había sido nada premeditado, pero al sentirla contra su cuerpo, Alexander se había excitado y se había dejado llevar sin pensar en las consecuencias.

Jodie respondió a sus besos con la misma pasión y, cuando Alexander la tomó en brazos y la tumbó sobre el sofá, se dejó hacer.

Alexander estaba sorprendido no sólo de cuánto la deseaba sino de cuánto lo deseaba Jodie a él. Se tumbó sobre ella, colocando una

pierna entre las suyas, y comenzó a acariciarle los pechos, que rápidamente respondieron endureciéndose.

Jodie gimió y comenzó a desabrocharle la camisa. Aquello era peligroso. Jodie lo estaba volviendo loco y Alexander no se podía controlar.

Al sentir sus manos en el torso, se estremeció de deseo.

Tomó las caderas de Jodie y las levantó para que se encontraran con su potente erección.

A Jodie le daba vueltas la cabeza. Todos sus sueños se estaban haciendo realidad. ¡Alexander la deseaba!

Se apretó contra él sin dejar de besarlo, pero Alexander la miró a los ojos con la respiración entrecortada.

—No pares -murmuró Jodie volviendo a mover las caderas.

La propuesta era tentadora, pero Alexander sospechaba que Jodie era virgen y no quería aprovecharse de ella en aquellas condiciones.

—Estás borracha, Jodie -le dijo.

—¿Y qué?

—No digas tonterías -dijo Alexander apartándose y poniéndose de pie.

La volvió a mirar y se dio cuenta de que la deseaba con todo su cuerpo, pero no podía hacerlo. Jodie estaba demasiado vulnerable.

Jodie suspiró y cerró los ojos. ¿Habría sido todo un maravilloso sueño?

—Venga, levántate -le dijo Alexander.

Jodie abrió los ojos y vio que Alexander la estaba mirando con dureza.

—Tienes que irte a la cama ahora mismo.

—No puedo, tengo que fregar los platos.

—¡Jodie!

—Sí, soy la cocinera, la lavandera, la mejor amiga y la esclava -rió Jodie poniéndose en pie.

Alexander la tomó del brazo y la sacó al pasillo, la llevó escaleras arriba y la dejó en la puerta de la habitación de invitados que ocupaba.

—Métete en la cama -le dijo apretando los dientes.

—¿Tú no vienes? -dijo Jodie apoyándose en la puerta.

—Métete en la cama -insistió Alexander.

—Siempre dándome órdenes -suspiró Jodie-. ¿No te gusta besarme?

—Mañana por la mañana te vas a arrepentir de todo esto.

Jodie bostezó y tuvo la impresión de que todo le daba vueltas.

—Creo que me voy a ir a dormir -anunció.

—Buena idea.

—¿Le podrías decir Francisco que subiera? -preguntó Jodie cuando Alexander se alejaba por el pasillo-. Me gustaría tumbarme con él un rato en la cama y que me cuente algo de las carreras de coches.

—¡Ni lo sueñes! -contestó Alexander con frialdad.

Esperó unos minutos y volvió a la habitación de Jodie para asegurarse que estaba dormida. Abrió la puerta y comprobó que estaba en la cama, pero vestida. Decidido a no dejarse arrastrar por la tentación de nuevo, volvió a cerrar la puerta y volvió a la fiesta.

Estaba tan arrepentido por haberse dejado tentar por Jodie que se mostró mucho más solícito con Kirry que de costumbre. Cuando la fiesta terminó, la acompañó hasta su habitación y la besó con insistencia, pero su cuerpo no reaccionó.

—Estás cansado -le dijo ella sonriente-. Tenemos todo el tiempo del mundo. Duerme.

Alexander volvió al salón, enfadado consigo mismo por su impotencia ante la única mujer que podía curarlo. Jamás se había acostado con Kirry aunque había estado a punto de hacerlo una vez.

Lo irritaba haberse excitado sobremanera con Jodie y no excitarse con una mujer tan sofisticada como Kirry. Tal vez fuera la edad.

Se sorprendió al oír ruidos en la cocina y se dirigió hacia allí. Al entrar, comprobó que se trataba de Margie, que estaba poniendo el lavaplatos.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes fiebre? -bromeó.

—No, estoy intentando que se me pase el enfado. Kirry me ha dicho que mis diseños no son lo suficientemente buenos y que, además, su empresa tiene desfiles apalabrados hasta dentro de un año -protestó su hermana.

—Tanto hacerle la pelota para nada, ¿eh?

—¿Dónde está Jodie? ¡Esto de poner el lavaplatos no se me da nada bien!

—Está en la cama completamente borracha -contestó Alexander con desprecio-. Ha intentado seducir al corredor de fórmula uno y a mí.

—¿A ti? -exclamó Margie.

—Estoy harto, y quiero que lo entiendas de una vez, de encontrarme a Jodie descalza siempre que vengo a casa -dijo Alexander con frialdad-. Viene a todas las fiestas y pasa aquí todas las vacaciones. ¡La invitas incluso para mi cumpleaños! ¿Por qué no contratas a una cocinera cuando Jessie no está en lugar de hacerme cargar con tu horrible amiguita?

—Creí que te caía bien -se disculpó Margie.

—Es insoportable, Margie -dijo Alexander.

Estaba furioso consigo mismo por haber perdido el control y culpaba a Jodie de ello.

—Nunca ha encajado en nuestros círculos de amistades. Esta noche, sin ir más lejos, iba diciendo por ahí que era la cocinera. Es un desastre. No vive como nosotros, no sabe hablar de nada y viste fatal. ¡Es una vergüenza!

Margie suspiró.

—Espero que no le hayas dicho eso, Lex -le dijo a su hermano-. No es elegante, pero es buena y no habla mal de nadie. Es la única amiga de verdad que he tenido... aunque no sé si ella diría lo mismo de mí -añadió con tristeza.

—Deberías tener amigas de tu misma clase social -insistió Alexander-. No quiero que Jodie vuelva a aparecer por esta casa. Lo digo en serio. Ponle la excusa que quieras, pero que no vuelva por aquí. Si la quieres volver a ver, ve tú a Houston, pero no la vuelvas a invitar a casa.

—¿De verdad ha intentado seducirte?

—No quiero hablar de ello. Ha sido vergonzoso.

—Cuando se despierte mañana por la mañana, lo va a pasar fatal -dijo Margie.

—Yo lo voy a pasar fatal durante meses. Kirry es mi novia y nunca se me habría pasado por la cabeza engañarla. Jodie tendría que haber sido consciente de ello, pero no parecía importarle. Tampoco parecía importarle que el corredor de fórmula uno estuviera casado.

—Jodie nunca bebe y ha debido de ser por eso. Ella no es como

mamá, Lex.

Ante aquellas palabras, Alexander se quedó helado. Su madre bebía demasiado y siempre los avergonzaba cuando iban amigos a casa.

—No hay nada en el mundo que me dé más asco que una mujer borracha -dijo.

—Muy bien, no la volveré a invitar -dijo Margie-, ¿pero cómo se lo digo? No lo va a entender. Va a sufrir.

Alexander lo sabía.

—Me da igual lo que le digas, pero mantenla lejos de mí -dijo sin embargo.

—Ya se me ocurrirá algo -dijo Margie.

Jodie, pálida y temblorosa, había escuchado toda la conversación desde el pasillo. Había bajado a la cocina para fregar los platos envuelta todavía en agradables sensaciones provocadas por la reacción de Alexander.

Sin embargo, después de oír lo que acababa de oír, volvió a su habitación de puntillas. Alexander la odiaba. Le daba asco su sola presencia y no la quería volver a ver. Lo había puesto en un compromiso y había quedado como un idiota.

Tenía razón. Se había comportado como una estúpida y ahora iba a tener que pagar un alto precio por ello: iba a perder a la única familia que le quedaba.

Una vez en su habitación, descolgó el teléfono y se puso en contacto con el aeropuerto para cambiar su billete de vuelta a Houston.

A la mañana siguiente, entró en la habitación de Margie al amanecer. No había pegado ojo.

—¿Me llevas al aeropuerto? -le preguntó a su amiga-. ¿O prefieres que se lo pida a Johnny?

Margie se sentó en la cama y, recordando lo mal que se había portado con su amiga, se sonrojó.

—Te llevo yo -contestó-, pero, ¿no quieres desayunar?

Se volvió a sonrojar dándose cuenta de que era Jodie la que hubiera tenido que hacer el desayuno.

—No tengo hambre. Tenéis salchichas y beicon en el frigorífico y Alexander puede hacer unos huevos -contestó Jodie atragantándose con su nombre.

Margie se sintió culpable.
—Pareces compungida -aventuró.
A Jodie le costó un gran esfuerzo no decir nada de lo que había oído.
—Anoche bebí de más e hice algo... estupideces -resumió-. Me gustaría irme a casa, Margie, ¿de acuerdo?
Margie intentó disimular su alivio. Jodie se iba. Lex estaría contento y ella no había tenido que pasar por un mal trago.
—Muy bien -contestó sonriente-. ¡Me voy a vestir y nos vamos!

Capítulo 4

Cuando salió de la habitación de su amiga, Jodie bajó las escaleras y se encontró con la última persona a la que le apetecía ver.

Alexander estaba apoyado en la puerta principal. Parecía incómodo y preocupado a la vez.

—Voy a llevar a Kirry esta tarde a Houston -le dijo observando que Jodie estaba pálida y tenía ojeras-. Si quieres, te puedes venir con nosotros.

Jodie intentó sonreír, pero no lo miró a los ojos.

—Gracias, Alexander, pero he venido en avión.

—Entonces, te llevo al aeropuerto -se apresuró a ofrecerse Alexander.

Jodie tragó saliva.

—Gracias, pero Margie ya está vestida y me va a llevar ella. Tenemos que hablar de nuestras cosas.

Alexander se quedó mirándola. Jodie se comportaba como una fugitiva que huyera de la policía. No lo miraba a los ojos ni se quería acercar a él.

Había tenido toda la noche para arrepentirse de su comportamiento, pero seguía culpándola a ella de todo lo que había ocurrido. A pesar de que sabía que no tenía la culpa de nada, la culpaba de todo.

—¡Ya estoy lista! ¡Vámonos! -dijo Margie bajando las escaleras.

—Vamos -dijo Jodie-. Hasta luego, Alexander -le dijo pasando a su lado sin mirarlo.

Alexander no dijo nada. Se quedó mirándola ir sin entender sus sentimientos encontrados.

Por una parte, había ansiado estar con ella un rato a solas para explorar los repentinos cambios que habían aparecido en su

relación, pero obviamente Jodie estaba avergonzada por lo que había sucedido la noche anterior y se quería ir.

Por otra, dejar que se fuera era lo más inteligente. Alexander decidió que iría a verla a su despacho transcurridos unos días. Cuando estuviera todo más tranquilo, sería más fácil.

No podía soportar verla tan triste y saber que él era el responsable. A pesar de que se había comportado como un canalla con ella, la apreciaba mucho y no la quería ver sufrir.

-Estás muy pálida, Jodie -comentó Margie una vez en el aeropuerto-. ¿Seguro que estás bien?

—Estoy avergonzada por lo que ocurrió anoche, eso es todo -le aseguró Jodie-. ¿Qué tal te fue con Kirry?

—No demasiado bien -suspiró Margie-. Por cierto, el cumpleaños de Alexander es el mes que viene y...

—Margie, ahora mismo no quiero ver a tu hermano -la interrumpió Jodie viendo el alivio reflejado en la cara de su amiga-. A partir de ahora, voy a venir menos a tu casa.

—Puede que sea lo mejor -dijo Margie.

Jodie sonrió.

—Gracias por invitarme a la fiesta -consiguió decir-. Me lo he pasado muy bien.

Ambas sabían que aquello era mentira.

—Te prometo que algún día te recompensaré por todo esto -dijo Margie de repente abrazando a su amiga con fuerza-. No soy buena amiga, Jodie, pero voy a cambiar. Te lo prometo.

—Yo no sería buena amiga si quisiera que cambiaras -sonrió Jodie-. Ya nos veremos, Margie -añadió misteriosamente y se fue antes de que a su amiga le diera tiempo de preguntarle qué había querido decir con aquello.

Durante el corto vuelo a Houston, Jodie consiguió no llorar a pesar de que jamás se había sentido tan mal.

Alexander no podía soportarla. No quería volver a verla. Le daba asco.

Desde que era pequeña, soñaba con él y poco a poco se había enamorado. Recordaba todas las veces que se habían encontrado de repente y se estremecía cada vez que le sonreía.

Pero todo aquello había sido mentira. Para él, ella no era más

que una responsabilidad más y se lo tomaba con seriedad, como su trabajo, pero no significaba nada especial.

Era duro darse cuenta de ello y le iba a llevar mucho tiempo asimilarlo, pero para cuando aterrizó en Houston había tomado la decisión de olvidarse de Alexander.

Cuando Margie llegó a casa, Alexander estaba en la biblioteca.

—¿Te ha dicho algo? -le preguntó saliendo al pasillo.

—¿Sobre qué? -contestó Margie sorprendida.

—No sé, si te ha dicho por qué se iba. A mí me había dicho que el billete que tenía era para esta tarde a última hora. Lo ha debido de cambiar.

—Me ha dicho que le daba vergüenza verte -contestó Margie.

—¿Algo más? -insistió Alexander.

—No -contestó Margie incómoda-. Ya sabes cómo es Jodie. Es muy tímida, Lex. Jamás bebe y estaba verdaderamente avergonzada de lo que ocurrido contigo. Ya se le pasará.

—¿Tú crees?

—¿Qué hacéis? -preguntó Kirry bajando las escaleras ataviada con un camisón de seda rojo y una bata negra con zapatillas con pompones a juego-. ¿Está el desayuno preparado?

—Lo cierto es que Jessie no está -contestó Margie.

—¿Y la cocinera que andaba por aquí anoche? ¿Por qué no se encarga ella del desayuno?

—Jodie no es la cocinera -contestó Alexander-. Es la mejor amiga de Margie.

Kirry los miró con las cejas enarcadas.

—Pues menudas pintas llevaba -comentó de forma desagradable-. La gente como ella no debería beber. ¿Qué le pasa? ¿Tiene resaca y no puede cocinar?

—Se ha ido a casa -contestó Margie enfadada.

—Entonces, ¿quién va a preparar el desayuno? Tengo hambre.

—Yo me encargo de las tostadas -contestó Margie dándose la vuelta.

Necesitaba que Kirry la ayudara, pero desde luego aquella mujer no le caía bien.

—Yo mientras voy a vestirme. ¿Quieres venir a ayudarme, Lex?

—No -contestó Alexander-. Voy a hacer café -añadió siguiendo a su hermana hacia la cocina.

Kirry se quedó mirando la puerta. Alexander nunca le había hablado así y, desde luego, Margie se había mostrado muy maleducada.

«No deberían beber», pensó mientras subía las escaleras.

Dos semanas después, Jodie acompañó a Brody a una reunión con un empleado al que otra empleada había acusado de agresiones verbales.

Brody le había dicho que quería que fuera con él para que viera en qué consistía una de las partes más duras de su trabajo ya que de aquella situación se derivaría probablemente el despido de uno de los dos trabajadores.

Tras aclarar la situación y decidir que la que había mentido era la empleada que, además, tenía antecedentes por llegar tarde a trabajar y hacer mal su trabajo, Brody decidió que había que despedirla.

Jodie comenzó a dudar de su valía para ocupar su puesto si a su jefe lo ascendían, que parecía lo más probable. Brody percibió sus dudas y le aconsejó que cambiara de puesto animándola para que entregara el currículum en el departamento de informática pues sabía que Jodie era un as con los ordenadores.

—A los programas de ordenador no hay que despedirlos -bromeó-. En cualquier caso, puede que nos estemos precipitando pues a lo mejor no me conceden el ascenso.

—Seguro que sí -contestó Jodie.

—¿Tú crees? -le preguntó Brody como si le importara realmente su opinión.

—Sí -le aseguró Jodie.

—Gracias -sonrió Brody-. Cara no opina lo mismo, me temo. Supongo que es porque ella tiene un gran éxito profesional. La ascienden constantemente y se pasa el día viajando... le encanta. Claro que a mí también me encantaría estar todo el día en México y en Perú como ella. Me encantaría ir a Chichen Itza.

—¿Te gusta la arqueología? -preguntó Jodie.

—Me encanta -sonrió Brody-. ¿Ya ti?

—¡A mí también!

—Hay una exposición de cerámica maya en el museo de arte -continuó Brody entusiasmado-. A Cara no le gusta nada. ¿Te gustaría venir conmigo el sábado?

El sábado. El cumpleaños de Alexander. Jodie llevaba dos semanas pensando en aquella fecha. Sabía que no la iban a invitar y ella no quería ir de todas maneras.

—Me encantaría -contestó muy sonriente-, pero, ¿no le importará a tu novia?

—No creo, sólo somos amigos.

—Muy bien, entonces.

—Estupendo. Te llamo el viernes por la noche para ver cómo y dónde quedamos, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo!

Jodie se sentía como una persona nueva pues estaba empezando una vida nueva.

Había comenzado a frecuentar ciertos cafés en los que se leía poesía y se tocaba música popular. Se sentía a gusto en aquel ambiente e incluso se había atrevido a subirse al escenario y a leer un triste poema de amor no correspondido que le había inspirado Alexander.

El público había aplaudido mucho y eso la había animado a leer otros poemas otros días. Se sentía menos tímida que de costumbre.

¡Y ahora Brody la había invitado a salir con él!

Las cosas no podían ir mejor.

Aquella sensación le duró dos horas ya que al volver de comer se encontró a Alexander Cobb esperándola junto a su mesa.

Hubiera preferido darse la vuelta y salir corriendo, pero no podía ser, así que avanzó con calma hacia su mesa a pesar de que el corazón le latía aceleradamente.

—Hola, Alexander -lo saludó muy seria-. ¿En qué te puedo ayudar?

Aquella actitud dejó a Alexander confundido. Siempre que se había presentado sin avisar a verla, Jodie se había mostrado encantada de verlo.

—Lo que ocurrió no fue culpa de nadie -le dijo-. No te obsesiones.

—Bebí demasiado, pero no volverá a ocurrir -le aseguró Jodie-. ¿Qué tal está tu hermana?

—Triste -contestó Alexander.

—¿Por qué? -preguntó Jodie alarmada.

—Porque sus diseños no valen nada y ella creía que iba a tener

éxito muy rápido.

—Lo siento. A mí me parece muy buena.

Alexander asintió y la miró a los ojos.

—Quiero hablar contigo. ¿Podríamos vernos en la cafetería cuando hayas terminado de trabajar?

—¿No podrías llamarme por teléfono? -contestó Jodie.

No quería verlo y era obvio.

—No. Lo que tengo que decirte no es para hablar por teléfono -insistió Alexander.

—Muy bien, nos vemos en la cafetería a las cinco y cinco -accedió Jodie por fin.

Alexander asintió y se dio cuenta de que su conversación no era como antes. Se alejó de su mesa y la miró desde la puerta. No pudo evitar recordar sus besos.

A pesar de que iba vestida como una directiva, no lo parecía en absoluto. Parecía una niña aterrorizada y con falta de confianza en sí misma. Siempre había tenido complejo de inferioridad, pero Alexander no se lo iba a decir porque sabía que Jodie sufría con aquellas cosas.

Y él la había hecho sufrir.

Para intentar olvidar su presencia, Jodie se puso a leer unos documentos, pero sabía que estaba allí... mirándola.

De repente, se le ocurrió que podía pedir el traslado a otra ciudad. ¿Para qué? ¿Por qué aguantaba en aquel trabajo? Lo cierto era que lo había aceptado nada más salir de la universidad porque Alexander le había preguntado cuándo pensaba ponerse a trabajar.

Aunque no lo había dicho como dando a entender que se estaba aprovechando de su ayuda económica, Jodie se lo había tomado así y por eso había aceptado la propuesta de la primera empresa que aceptó su solicitud de trabajo.

Si por ella hubiera sido, hubiera preferido aceptar la del departamento de policía para ocupar el puesto de técnico informático ya que adoraba los ordenadores y era un as abriendo archivos ocultos, encontrando documentos perdidos, rastreando correos electrónicos sospechosos y muchas cosas más.

De hecho, sus profesores de la carrera, le habían dicho que podría labrarse una carrera en el departamento de policía como especialista en ciberdelitos, pero ella había aceptado el primer

trabajo que le habían ofrecido y ahora se sentía bloqueada en un trabajo que no le aportaba nada y donde no la dejaban realizarse como persona.

A las cinco y cinco exactamente, entró en la cafetería.

Alexander estaba sentado en una mesa esperándola y ya había pedido un capuchino con vainilla, como a ella le gustaba, acompañado de galletas.

A Jodie le sorprendió que se acordara de sus gustos. Dejó el abrigo en el respaldo de la silla y se sentó. Por suerte, no había mucha gente.

—Veo que eres puntual -apuntó Alexander.

—Lo suelo ser siempre -contestó Jodie probando el café-. Está buenísimo -sonrió.

—¿No sueles venir aquí? -preguntó Alexander sorprendido.

—Lo cierto es que no puedo permitírmelo -confesó Jodie.

—Pero si tienes un buen sueldo...

—Sí, pero tengo que pagar el alquiler y comprarme ropa buena para venir a trabajar. Si a eso le añades la comida y el abono transporte, no me queda mucho. No todos ganamos lo que tú ganas, Alexander.

Alexander probó su café y se quedó pensativo.

—Nunca te he considerado por debajo de mí por ganar menos dinero -apuntó.

—¿Ah, no?

Jodie se tuvo que morder la lengua al recordar lo que le había oído decirle a su hermana.

—Hay algo que te preocupa -dijo Alexander-. Ya no eres la de antes. Has cambiado desde la fiesta.

Jodie se revolvió incómoda en la silla. Su orgullo no le permitía decirle lo que había oído. Era demasiado.

—¿Por qué no me hablas? -insistió Alexander.

Jodie lo miró con frialdad.

—Porque sería como hablar con la pared -contestó-. Has venido porque quieres algo de mí, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso?

—Margie me invita a sus fiestas para que cocine y recoja la cocina y tú vienes a verme cuando necesitas que te pase algo a máquina o que te ayude con algún programa de ordenador.

Ninguno de vosotros os habéis acercado a mí jamás a no ser que quisierais algo de mí.

—¡No digas eso!

—Lo digo porque es verdad, pero no me quejo porque os debo mucho a tu hermana y a ti. Dime lo que necesitas.

Alexander cerró los ojos y los volvió a abrir. Jodie tenía razón. Margie y él la utilizaban constantemente sin darse cuenta.

Se odió a sí mismo por ello.

—Un poco tarde para tener remordimientos -sonrió desmayadamente Jodie-. Además, no va contigo. ¿Qué necesitas?

Alexander se puso a jugar con una galleta.

—Te he contado que estábamos investigando a un cártel de droga, ¿verdad?

Jodie asintió.

—En esta empresa -añadió Alexander.

—Sí, también me dijiste que no te podía ayudar -le recordó Jodie.

—Bueno, pues me equivoqué. En realidad, eres la única que me puede ayudar.

Unas semanas antes, Jodie hubiera bromeado diciendo que quería una pistola y una placa, pero ahora se limitó a esperar respuestas. Los días de las bromas habían terminado.

—Quiero que finjas que somos novios -dijo Alexander-. Así, podré venir por aquí sin levantar sospechas.

Jodie no reaccionó y aquello la llenó de orgullo pues lo más fácil hubiera sido tirarle el capuchino a la cara.

—Sí, tienes razón. Me estoy aprovechando de ti. Es la única manera que se me ha ocurrido de vigilar al sospechoso. No puedo venir a ver a Jasper constantemente porque la gente va a empezar a pensar que me gusta.

Aquello hizo que Jodie sonriera levemente.

—A su esposa no le gustaría la idea.

—¿Entonces?

Jodie dudó.

Alexander había previsto que así fuera, así que se sacó una fotografía del bolsillo y la dejó sobre la mesa.

Jodie la miró. Era la fotografía de dos bebés morenos. Miró a Alexander con una ceja enarcada.

—Su madre estaba harta de que hubiera camellos en el barrio. Solían encontrarse en una casa abandonada que había junto a la suya. Solía haber peleas y tiroteos. El camello que trabajaba en la casa se volvió ambicioso y decidió ignorar al sucesor de Manuel López -explicó Alexander-. Ana García los vigilaba e informaba a la policía, pero cometió el fatal error de decirle a su vecino que no le quedaban muchos días en aquel barrio. El camello se lo dijo a su proveedor. Cuando el sucesor de Manuel López fue a por el camello y lo mató dio órdenes también de matar a Ana García y a sus hijos. Manuel y Juan murieron acribillados a balazos y su madre no volverá a andar jamás.

Jodie hizo una mueca de horror y volvió a mirar la fotografía. Los dos niños muertos por culpa de la droga.

—El distribuidor local que yo estoy buscando ordenó el asesinato y trabaja en este edificio, en esta empresa y en esta división -dijo Alexander inclinándose hacia ella-. Estoy dispuesto a detenerlo y te pido que me ayudes.

Capítulo 5

-Muy bien -contestó Jodie-. ¿Cuándo empiezo?

—Mañana a la hora de comer. Vendré a buscarte para ir a comer por ahí y, así, me enseñas la empresa.

—De acuerdo.

—Pareces preocupada -observó Alexander.

—Brody me acaba de pedir que vayamos juntos a ver una exposición -confesó Jodie.

—¿No me habías dicho que tenía novia?

—Sí, pero parece que no les va muy bien -se defendió Jodie-. Su novia viaja mucho por todo el mundo. Acaba de volver de México y de Perú y no le hace mucho caso.

—¿Perú? -repitió Alexander pensativo-. De todas formas, siguen siendo novios, Jodie.

Jodie se dio cuenta de que Alexander la estaba juzgando por meterse en una relación ajena y supo inmediatamente que no iba a salir con Brody. Ahora que Alexander la había hecho sentir culpable, era imposible.

—Tienes razón -admitió-, pero es que ella lo trata fatal y él es un hombre muy bueno y siempre me está animando. Cree en mí.

—Lo que no constituye una razón de peso para tener una relación con él -contestó Alexander irritado.

No podía soportar que otro hombre estuviera levantándole el ego a Jodie cuando él se lo había destrozado.

—¡No tengo una relación con él! -exclamó Jodie en voz baja.

—Pero la tendrías si él quisiera -objetó Alexander con frialdad.

Jodie se dijo que no valía de nada enfadarse. Además, era su vida y Alexander no tenía nada que decir.

—¿Qué quieres que hagamos para fingir que somos pareja? -

preguntó-. ¿Quieres que cada vez que vengas a verme me abalance a tu cuello y te bese?

—¿Cómo dices? -dijo Alexander con los ojos muy abiertos.

—Nada -dijo Jodie-. Improvisaré.

Alexander se sacó un disquete del bolsillo y se lo entregó.

—Otra cosa -le dijo mirando a su alrededor para asegurarse que no los estaban vigilando-. Quiero que te metas en estas páginas web y en las direcciones de correo electrónico sin dejar huellas. Quiero saber si son ilegales y a quién pertenecen. Tienen contraseña de protección y están codificadas.

—No hay problema -contestó Jodie-. Sé quitar cualquier cortafuegos.

—No dejes ninguna dirección de correo electrónico por la que te puedan rastrear -insistió

Alexander-. Esta gente no se anda con tonterías. Si son capaces de matar niños, te matarían a ti también.

—Comprendido. No soy tan tonta -dijo Jodie guardándose el disquete en el bolso y terminándose el café-. ¿Algo más?

—Sí, mi hermana me ha dicho que te diga que lo siente mucho.

—¿Por qué?

—Por todo -contestó Alexander mirándola a los ojos-. Y, por cierto, no nos debes nada.

Jodie se puso de pie.

—Ya lo sé. Mañana cuando vengas, te daré lo que haya averiguado sobre lo que hay en el disquete.

Alexander se puso también de pie y agarró la cuenta antes de que lo hiciera ella.

—Yo te he pedido que vinieras y yo te invito -le dijo mirándola con intensidad-. Hay algo que no me has contado -añadió.

—Nada importante -contestó Jodie.

—¿Estás a gusto en tu trabajo, Jodie? -le preguntó Alexander como si le hubiera leído el pensamiento.

—Fuiste tú si mal no recuerdo el que me dijo que tenía que ponerme a trabajar cuanto antes, ¿no? -le espetó con amargura-. Pues éste es el resultado.

Alexander hizo una mueca.

—Lo que te dije fue que tuvieras claras tus prioridades. Eso no quería decir que aceptaras un trabajo que odias.

—Me gusta Brody.

—Pero Brody no es el trabajo. Tú no sirves para un trabajo monótono. Acabaría con tu alma.

Jodie lo sabía, pero no estaba dispuesta a admitirlo.

—¿No tienes una cita o algo así? -le espetó impaciente.

—Yo sí, pero tú no, ¿verdad?

—No, yo no porque los hombres dais demasiados problemas -mintió Jodie dándose la vuelta.

—Claro, y tú lo sabes por experiencia, ¿eh? -dijo Alexander con sarcasmo.

Jodie se volvió furiosa.

—Cuando Brody esté libre, ya verás -le dijo.

Alexander no contestó, pero la observó hasta que salió de la cafetería.

Jodie fue maldiciendo durante todo el camino hasta casa.

Al llegar, sacó el disquete del bolso y, de repente, se preguntó por qué Alexander le había confiado aquel trabajo a ella, una simple aficionada que ni siquiera trabajaba para él, cuando tenía a su disposición a los mejores expertos en ciberdelitos del país.

La respuesta le llegó recordando cosas que había oído durante la investigación del caso López.

Jodie conocía a gente en Jacobsville y había permanecido en contacto con ellos cuando se había ido a vivir a Houston. Alguien le había dicho que sospechaban que había un topo en la policía, alguien que pasaba información a López para que siempre pudiera escapar.

Era obvio que Alexander sospechaba que alguno de los suyos era el topo y por eso había buscado a alguien en quien pudiera confiar con los ojos cerrados.

Jodie se sintió emocionada porque hubiera depositado su confianza en ella. Era la primera vez que accedía a que lo ayudara. Hacerlo le daba acceso a una pequeña parte de su vida. Eso debía de querer decir que sentía algo por ella.

«De eso nada», se dijo. Alexander sabía que los ordenadores se le daban de maravilla y por eso le había pedido aquel favor. Eso no era una declaración de amor y debía dejar de vivir en un mundo de fantasía.

No tenía ningún futuro con Alexander. Ni siquiera era su tipo. A

él le gustaban las mujeres inteligentes y seguras de sí mismas y ella era como un ratoncillo. Estaba siempre en su rincón, evitaba las confrontaciones, ocultaba sus habilidades, sólo hablaba cuando le dirigían la palabra y nunca pedía nada.

Tal vez, había llegado el momento de cambiar. Era una profesional muy capaz y podía hacer lo que le diera la gana.

Despedir a gente no le gustaba, pero rastrear a delincuentes le resultaba de lo más emocionante. Pensó en los dos niños acribillados a balazos y se dijo que debía ayudar a Alexander a atrapar al monstruo que había ordenado aquella ejecución.

Se pasó toda la tarde y buena parte de la madrugada rastreando la información que Alexander le había pedido. Se desesperó en un par de ocasiones pues era obvio que los narcotraficantes también tenían expertos muy buenos.

Por fin, encontró una página web en la que aparentemente sólo había un listado de direcciones con información sobre ovnis, pero una de las direcciones coincidía con el material del disquete que Alexander le había entregado y podía ser un vínculo con la red de narcotráfico.

Jodie abrió todas las páginas, pero no encontró nada más que documentos sobre lugares y fechas de aterrizaje alienígenas. La mayoría de los documentos estaban compuestos por muchas páginas, pero la última sólo era una.

Era muy concisa y todos los lugares pertenecían a un área bien delimitada: Texas, México y Perú.

«Qué extraño», pensó Jodie.

A las dos de la madrugada, se dijo que de allí no iba a sacar nada, pero de repente la información que tenía ante sus ojos cobró sentido.

Se apresuró a anotar una serie de números en un papel y lo pasó a letras. Pronto obtuvo una dirección de correo electrónico.

Desde su servidor de correo, cambió su identidad para que no la pudieran identificar y utilizó una herramienta de hacker para encontrar la fuente de correo electrónico. Provenía de un servidor extranjero y estaba directamente vinculado a una ciudad peruana. Para más inri se trataba de una ciudad que estaba en la frontera con Colombia.

Jodie copió la información y salió rápidamente del servidor.

Guardó las hojas en su bolso y sonrió somnolienta antes de meterse en la cama con un gran bostezo pensando que Alexander iba a estar muy impresionado.

Lo cierto fue que se quedó sin palabras. Observó los datos que Jodie le había dado y la miró sacudiendo la cabeza.

—Esto es increíble -murmuró.

—Sí, habían escondido bien la información...

—No, me refiero a tu trabajo -la corrigió Alexander-. Lo has hecho muy bien, Jodie. Es un trabajo de mucha calidad. Nadie lo podría haber hecho mejor que tú.

—Gracias.

—Cuando resolvamos este caso, quiero que te plantees seriamente cambiar de trabajo. Te aseguro que cualquier departamento de ciberdelitos estaría encantado de contratarte.

—Ya me lo pensaré -contestó Jodie contenta por su cumplido.

—¿Dónde quieres que comamos? -le preguntó Alexander guardándose la hoja en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Normalmente, como en la cafetería...

—¿Y dónde come tu jefe?

—¿Brody? -preguntó Jodie anonadada-. Cuando su novia está en la ciudad, suelen ir a un restaurante mexicano que se llama La ranchería y que está a un par de manzanas de aquí.

—Sí, lo conozco -contestó Alexander-. ¿Cómo es su novia?

Jodie se encogió de hombros.

—Morena, muy guapa y muy chic. Es directora de marketing de toda la zona suroeste y se encarga de toda la distribución de gas propano.

—Y viaja mucho a México y a Perú -murmuró Alexander poniendo el coche en marcha.

—Tiene familia en ambos países -contestó Jodie-. Lo cierto es que su madre se ha mudado a una ciudad peruana cercana a la frontera con Colombia y Cara ha tenido que ir a ayudarla con la mudanza. Al menos, eso es lo que le ha dicho a Brody, pero no sé si en otra ocasión Brody me había dicho que Cara no tenía madre. No sé, la verdad es que no presté mucha atención. Sólo la he visto un par de veces, suficiente para ver que Brody está loco por ella y que lo tiene comiendo en la palma de la mano.

—¿Te gusta la comida mexicana?

—Sí, me encanta -contestó Jodie-. A ti te encantaba desayunar huevos al estilo ranchero -añadió arrepintiéndose al instante de admitir que recordaba sus preferencias culinarias.

—Sí, recuerdo que me los preparaste a las cuatro de la madrugada el día que murió mi padre.

Jessie y Margie no paraban de llorar y yo no daba pie con bola, así que cuando me oíste cacharrear en la cocina buscando algo para prepararme un sándwich, bajaste y sin mediar palabra comprendiste lo mal que estaba y me pusiste los huevos delante.

—Sí -dijo Jodie mirando por la ventana.

—¿Qué es lo que te gusta de Brody? -le preguntó Alexander de repente.

—Bueno, que es agradable y me anima, siempre hace que los que le rodean se sientan a gusto. Me gusta estar con él. Es un hombre... no sé... cómodo.

—Cómodo -repitió Alexander como si fuera un insulto mientras llegaban al aparcamiento del restaurante mexicano.

—Tú me has preguntado.

—Espero que jamás una mujer diga de mí que soy cómodo -dijo Alexander apagando el motor del coche.

—No creo -contestó Jodie amablemente desabrochándose el cinturón de seguridad. Alexander se limitó a reírse.

Brody y su novia no estaban comiendo aquel día en el restaurante mexicano, pero Jodie y Alexander no se arrepintieron de ir pues la comida era deliciosa.

Mientras comían, Alexander la puso al corriente de varias operaciones que habían realizado para intentar apresar a Manuel López en

el pasado, antes de que muriera. Le habló de un agente llamado Kennedy, un hombre ya mayor, que había estado a punto de reventar una operación entera por no avisar a sus superiores de que había infiltrado a otros agentes en la banda de López.

—Muchas gracias por la comida -le dijo Jodie.

—De nada -contestó Alexander-. Ha sido un placer comer con alguien que tiene unos modales tan exquisitos como los tuyos. Te pareces mucho a tu madre.

Jodie se sonrojó.

—Sí, ella le daba mucha importancia a estas cosas.

—Tu padre también era un hombre muy educado. Lo cierto es que eran dos personas muy buenas.

—Como tu padre.

—Sí, nada que ver con mi madre, ¿eh? Bebía como una esponja. Le dieron nuestra custodia porque fingió de maravilla ante el tribunal, pero lo único que quería era hacernos pagar a Margie y a mí por las infidelidades de mi padre. Nunca le perdonó que se fuera con una mujer más joven y nosotros tuvimos que sufrir sus venganzas hasta que murió.

Tanta sinceridad asombró a Jodie, que se había preguntado muchas veces hasta qué punto la actitud de su madre había afectado a Alexander.

—¿La querías?

—La odiaba -confesó Alexander.

Jodie tragó saliva.

Recordó la noche de la fiesta y su comportamiento con Alexander. Seguramente, le había hecho recordar cosas terribles de su infancia. Ahora entendía por qué había reaccionado de manera tan violenta. Ahora entendía que le diera asco pues identificaba su actitud con la de su madre.

Sin embargo, había dicho otras cosas que Jodie no podía olvidar, que la hacían sufrir de manera increíble.

—Me tengo que ir -comentó mirando la hora.

Alexander la tomó de la mano.

—No dejes que lo que pasó el otro día en la fiesta interfiera entre nosotros -le dijo-. Tú no sueles beber. Por eso, precisamente, el champán te hizo tanto efecto. Y yo me pasé, exageré, pero no dejes que eso arruine las cosas entre nosotros, Jodie.

Jodie tomó aire para calmarse. No podía mirarlo a los ojos, así que le miró la boca y aquello fue peor.

Era una boca sensual y no pudo evitar recordar cómo besaba. Jodie se moría porque aquellos besos se repitieran, pero sabía que aquello no podía ser.

—Ya lo he olvidado, Alexander -le aseguró retirando la mano con una sonrisa-. De verdad, me tengo que ir. Tengo un montón de cosas que hacer en la oficina.

—Muy bien, vámonos -contestó él.

A la mañana siguiente, mientras estaba escribiendo unos

documentos en el ordenador sonó el teléfono.

—¿Te siguen gustando los conciertos sinfónicos? -le preguntó una voz.

¡Alexander!

—Sí -contestó Jodie.

—Hay un concierto mañana de Debussy. -Sí, lo he leído en el periódico. -¿Te gustaría ir?

—Por supuesto.

—Tengo entradas. Te recojo a las siete.

—Muy bien, a las siete -contestó Jodie colgando. Le temblaban las manos y estaba muy nerviosa. Alexander la había invitado a salir. Inmediatamente, se preguntó qué se iba a poner. Estaba tan emocionada como una adolescente.

De repente, se dio cuenta de que Alexander simplemente estaba siguiendo el guión. Jodie se preguntó por qué el guión incluía ir a un concierto y la respuesta le llegó de manera insospechada.

Brody pasó por su oficina minutos después de que hubiera hablado con Alexander. Parecía nervioso.

—¿Te pasa algo? -le preguntó Jodie. Brody tomó aire.

—Lo del sábado...

—No puedo ir -lo interrumpió Jodie. Brody parecía aliviado.

—Me alegro porque Cara va a pasar aquí el fin de semana y quiere que estemos juntos.

—Es el cumpleaños de Alexander y lo voy a pasar con él -contestó Jodie.

Seguramente, no iba a ser así. No creía que la fueran a invitar a su fiesta, pero pensó que Alexander preferiría que sus compañeros de trabajo pensaran lo contrario.

—Sí, eh, ya me di cuenta ayer de que te invitaba a comer -comentó Brody-. ¿Hace mucho que lo conoces?

—Sí, mucho -contestó Jodie sinceramente-. Lo cierto es que me acaba de llamar para invitarme al concierto de Debussy...

—¿El de esta noche? -exclamó Brody.

—Sí...

—Cara y yo también vamos a ir. ¡Qué coincidencia!

—Sí, desde luego -rió Jodie-. No sabía que te gustara Debussy.

—Lo cierto es que le gusta a Cara -contestó Brody.

—A Alexander tampoco le emociona. Yo creo que ha comprado

las entradas por mí.

—Perdona que te diga esto -sonrió Brody-, pero no es tu tipo. Parece un tipo duro y… ayer me pareció ver que llevaba pistola…

—Sí, trabaja en seguridad -contestó Jodie de manera ambigua.

—Ah -rió Brody-. Creía que a lo mejor te habías liado con un delincuente.

—Se va a reír mucho cuando se lo cuente -sonrió Jodie-. Por cierto, Brody, sobre lo del sábado… lo habría cancelado de todas maneras.

No me parecía bien salir contigo cuando tienes novia.

—Lo sé. Somos los dos muy conservadores. Me apuesto el cuello a que nunca te han puesto una multa por exceso de velocidad.

—Nunca -contestó Jodie.

—Bueno, pues nos vemos esta noche en el concierto -se despidió Brody.

—Muy bien, hasta luego.

Una vez a solas, Jodie se preguntó si Alexander habría averiguado de alguna manera que Brody y su novia iban a ir al concierto de Debussy aquella noche o si habría sido realmente una coincidencia.

Entonces, otra pregunta centró su atención. ¿Y si Alexander sospechaba que Brody estaba implicado en el narcotráfico?

Capítulo 6

Cuando Alexander llegó a recogerla, Jodie ya llevaba una hora lista.

Alexander la miró de arriba abajo y, por la cara que puso, no pareció que le gustara demasiado lo que se había puesto.

A Jodie le parecía que iba bien con su vestido negro, zapatos negros de tacón y el pelo recogido en un moño, pero era obvio que a él no.

—Nunca llevas el pelo suelto -comentó Alexander cortante- y te has puesto el mismo vestido que siempre te pones en las fiestas.

Jodie se sonrojó.

—Es el único que tengo -contestó.

—A Margie le encantaría hacerte algo si la dejaras -suspiró Alexander.

Jodie cerró la puerta de su apartamento con manos temblorosas. Alexander le acababa de estropear la noche. No podía evitar criticarla. Jodie sintió ganas de llorar...

De repente, Alexander se inclinó sobre ella y la besó con pasión. A Jodie no le dio tiempo de reaccionar pues el beso terminó tan repentinamente como había comenzado. Jodie lo miró sorprendida.

—No vuelvas a dejar que te diga algo así -dijo Alexander inesperadamente-. Tienes que ser más fuerte. No eres un felpudo, Jodie, y no puedes permitir que los demás te pisoteemos.

Jodie asintió y, en un abrir y cerrar de ojos, Alexander alargó el brazo y le soltó el moño.

—Preciosa -susurró peinándole los mechones que le caían en cascada sobre los hombros.

—Me ha costado mucho hacerme el moño... -protestó Jodie.

—Me encanta el pelo suelto -dijo Alexander besándola con exquisita ternura-. Déjatelo así.

Jodie se guardó las horquillas en el bolso, entrelazó los dedos en la mano de Alexander y se fueron.

El auditorio estaba lleno de gente.

Por lo visto, a mucha gente le gustaba Debussy. Alexander no era una de esas personas, pero era un gran detalle por su parte aguantar aquella tortura por Jodie.

Claro que existía la posibilidad de que estuvieran allí porque Alexander quisiera vigilar a Brody. Jodie no se podía creer que un hombre tan bueno y agradable tuviera nada que ver con el narcotráfico, pero ¿qué otra explicación había para que Alexander insistiera en pasar mucho tiempo en su empresa si no fuera porque sospechaba de Brody?

Todo aquello era muy confuso. Jodie ocupó su asiento junto a Alexander y esperó a que comenzara el concierto.

Una vez a oscuras, mientras la orquesta interpretaba piezas que a ella le encantaban, Alexander la tomó de la mano y Jodie no pudo evitar suspirar de placer.

—¿Quieres que salgamos a estirar las piernas? -le preguntó Alexander en el intermedio.

—Sí -contestó Jodie.

Aquella vez, Alexander no la tomó de la mano y Jodie se preguntó por qué.

Una vez en el vestíbulo, Brody los vio y fue hacia ellos acompañado por su novia.

Jodie se dio cuenta de que era muy guapa y elegante y deseó ser como ella. Parecía de origen hispano.

—¡Hola! -los saludó Brody encantador-. Cariño, te presento a mi secretaria, Jodie Clayburn... perdón... Jodie es mi ayudante y éste es su novio, el señor...

—Cobb -dijo Alexander.

—Les presento a mi novia, Cara Domínguez. -Encantada de conocerlos -contestó Cara en tono aburrido.

—Lo mismo digo -dijo Jodie.

—Cara trabaja en marketing -continuó Brody intentando sacar un tema de conversación-.

Tiene un puesto muy importante en Bradford

Marketing Associates, que es una filial de Ritter Oil Corporation.

—¿Y usted a qué se dedica, señor Cobb? -le preguntó Cara a

Alexander.

—Trabaja en seguridad -contestó Brody.

—Trabajo en la DEA -contestó Alexander sorprendiéndolos a todos.

Jodie no sabía dónde mirar, intentó disimular su zozobra pues Alexander siempre les había insistido a Margie y a ella para que no dijeran jamás dónde trabajaba.

—¿Ah, sí? -dijo Cara desconcertada por su sinceridad-. ¿Y está trabajando en algún caso en estos momentos?

—Más o menos -contestó Alexander-. Estamos investigando una empresa que tiene conexiones en Houston -añadió deliberadamente.

Cara parecía muy interesada.

—¿No será la Thorn Oil Corporation? -preguntó.

Alexander la miró sorprendida pues había pasado aquella información errónea adrede al agente Kennedy para ponerlo a prueba.

—Lo he oído por ahí -rió Cara-. No se preocupe, no lo repetiré.

—Muy bien.

—¿Vive usted en Houston, señor Cobb?

Alexander asintió.

—¿Os está gustando el concierto? -intervino Brody incómodo por cómo su novia miraba a Alexander.

—Es maravilloso -contestó Jodie.

—Creo que el ballet va a representar Cascanueces en noviembre -apuntó Cara sonriendo a Alexander-. Si le gusta el ballet, _puede que nos veamos de nuevo entonces.

—Puede -contestó Alexander.

—Nos tenemos que ir, cariño -dijo Cara mirando a Brody, agarrándolo de la mano y alejándose de allí.

—¿Por qué les has dicho que trabaja para la DEA? -le preguntó Jodie sorprendida una vez a solas.

—No les he dicho nada que Cara no supiera ya -contestó Alexander de manera enigmática-. Vamos -añadió tomándola de la mano.

No volvieron a hablar hasta que salieron del concierto y estuvieran en el coche rumbo a casa de Jodie.

—¿Por qué me has invitado esta noche al concierto?

—Tenía mis razones -contestó Alexander-. ¿Qué te parece la

novia de tu jefe?
—Es simpática, pero manipula a Brody como quiere.
—Como hace la mayoría de las mujeres. Lo que le pasa a tu jefe es que no se sabe imponer.
—¿Cómo que no? Tiene que hacerlo constantemente pues se ve obligado a despedir a gente.
—No es para ti, Jodie, tenga o no novia -le dijo Alexander de repente-. Te morirías de aburrimiento con un hombre así.
—Es mi vida y hago lo que quiero -protestó Jodie.
—Tienes razón.
Al llegar a su casa, Alexander la acompañó hasta la puerta.
—Cómprate un vestido -le dijo.
—¿Por qué? -preguntó Jodie sorprendida.
—Porque vamos a ir a ver el Cascanueces el mes que viene. Si no recuerdo mal, es uno de tus ballets preferidos.
—Lo es.
—Muy bien, entonces no hay nada más que hablar -dijo Alexander mirando la hora-. Tengo que hacer un par de llamadas. Quedamos el miércoles para comer.
—Muy bien -contestó Jodie.
Alexander la tomó entre sus brazos de repente y se quedó mirándola a los ojos hasta que Jodie los cerró y dejó que la besara.
—No está mal_ -murmuró Alexander-, pero deberías practicar un poco. Que duermas bien.
Jodie se quedó allí mirándolo hasta que Alexander se metió en el coche y desapareció.

Alexander sabía que Jodie comía a las once y media, pero el miércoles llegó tarde. Para cuando llegó, Jodie ya se había mordido tres uñas.
—No me puedo quedar a comer -le dijo entrando en el vestíbulo donde ella lo estaba esperando-. Lo siento, pero me ha surgido una cosa muy urgente.
—No pasa nada -contestó Jodie intentando disimular su decepción-. Otra vez será.
—Voy a estar fuera de la ciudad un par de días, pero no te olvides de que el sábado es la fiesta de mi cumpleaños. Llámame desde el aeropuerto para que te vaya a buscar, ¿de acuerdo?
A Jodie la asombró la convicción con la que se lo había dicho.

Cualquiera hubiera pensado que realmente quería que fuera, pero ella sabía que solamente lo había dicho para que sus compañeros lo oyeran.

—Muy bien -contestó-. Ten un buen viaje. Nos vemos el sábado.

Alexander le acarició la mejilla con ternura.

—Hasta luego -le dijo sonriendo.

Mientras se alejaba hacia la puerta, Jodie se dio cuenta de que la gente había oído su conversación. El plan de Alexander iba sobre ruedas.

El sábado por la mañana, cuando Margie la llamó, Jodie estaba recogiendo la casa.

—Jodie?

—Sí, ¿qué tal estás, Margie?

—Sigues enfadada conmigo, ¿verdad? -suspiró Margie-. Perdona por lo de la última vez...

—No estoy enfadada -le aseguró Jodie.

—Creía que Kirry me iba a ayudar con mis diseños pero resulta que sólo hacía que éramos amigas porque le interesaba mi hermano. Supongo que sabrás que está furiosa porque Alexander y tú os estáis viendo.

—No tiene motivos para estar celosa -le aseguró Jodie con frialdad-. ¿Quieres algo más?

—Sí, Alexander me ha pedido que te llamara para asegurarme que ibas a venir a su fiesta de cumpleaños.

—Imposible -contestó Jodie.

—Pero... él cree que vas a venir. Me ha dicho que le habías prometido que ibas a venir, pero que te llamara para asegurarme.

—Supongo que habrás invitado también a Kirry.

—Sí... creí que a Alexander le haría ilusión y la he invitado -admitió Margie.

—Y supongo que a mí me invitas para ponerla celosa.

Margie tardó unos segundos en contestar.

—Jodie, ¿qué pasa? No me llamas y no quieres quedar conmigo. Si no estás enfadada conmigo, ¿qué te pasa?

Jodie se quedó mirando el suelo ausente.

—Alexander te dijo que estaba harto de encontrarse conmigo en su casa cada vez que iba y que no me invitaras a su fiesta de cumpleaños.

Se hizo un terrible silencio.

—Dios mío -gimió Margie-. ¡Lo oíste todo!

—Todo, Margie -contestó Jodie-. Tu hermano cree que sigo perdidamente enamorada de él y eso le da asco. Te dijo que no soy de tu círculo social y que deberías buscarte amistades de tu clase -dijo Jodie tomando aire -. Tal vez, tenga razón. Os ocupasteis de mí cuando no tenía a nadie, pero me he aprovechado de vosotros durante todos estos años creyendo que erais mi familia. De alguna manera, estoy muy agradecida a tu hermano por haberme abierto los ojos. Me he comportado como una idiota.

—Jodie, te aseguro que mi hermano no dijo aquello con la intención que tú crees. A veces, Alexander dice cosas que no siente en realidad.

—Lo dijo precisamente porque se creía que no lo estaba oyendo. Aquella noche, yo había bebido demasiado y me comporté como una estúpida. Las dos sabemos que Alexander no aguanta a las mujeres borrachas, pero ahora que lo he comprendido todo no pienso ir a vuestra casa y abusar de vuestra hospitalidad...

—¡Pero Alexander quiere que vengas! ¡Me lo ha dicho! -protestó Margie.

—No, no es cierto, Margie -contestó Jodie-. No entiendes lo que está ocurriendo, pero estoy ayudando a Alexander con un caso. Me está utilizando como cebo mientras vigilamos a un sospechoso. No se te ocurra decirle que te lo he contado. No hay nada personal entre nosotros. Jamás podría haberlo. Todos sabemos que no soy su tipo de mujer.

—¿Y qué le voy a decir cuando vea que no estás aquí?

—No hace falta que le digas nada. El no espera que esté. Sólo lo dice por el caso. Ya te lo explicará algún día. Ahora, Margie, te tengo que dejar. Estoy cocinando y se me va a quemar todo -mintió Jodie.

—Podríamos comer juntas la semana que viene -sugirió Margie.

—No, no me parece una buena idea, es mejor que te busques amigas de tu clase social. Yo no formo parte de tu familia y no me debes nada. Adiós.

Jodie colgó el teléfono y lo desconectó por si Margie volvía a llamar. Se sentía fatal, pero había decidido que era mejor cortar todos los lazos con aquella familia pues en cuanto Alexander tuviera

su caso resuelto estaba claro que no iba a volver a querer verla.

Cuando Alexander llegó al rancho, la casa estaba llena de gente.

—Supongo que estarás cansado -comentó su hermana-. Deja las maletas ahí y entra. Están todos esperando en el comedor con la tarta.

Alexander entró en el comedor, donde unas veinte personas lo estaban esperando, y comenzó a buscar con la mirada.

—¿Y Jodie? ¿La has llamado?

—Sí -contestó su hermana-, pero no ha venido. Por favor, Lex, ¿podemos hablar de ello luego? Kirry sí que ha venido.

—Kirry me importa un bledo -contestó Alexander apretando los dientes-. ¿Por qué no ha venido Jodie?

—Porque oyó la conversación que mantuvimos tú y yo en la cocina la noche de la última fiesta -contestó Margie-. Te oyó decirme que no pertenecía a nuestra clase social y que no la querías en tu fiesta de cumpleaños.

—Me oyó -dijo Alexander anonadado-. Ahora entiendo por qué me miró de esa forma a la mañana siguiente y por qué se ha estado comportando de una manera tan extraña.

—No quiere quedar conmigo para comer y no quiere venir aquí. Ni siquiera quiere que la vuelva a llamar. Me siento como si hubiera perdido a una hermana -comentó Margie con tristeza.

Alexander se sentía mucho peor. Lo último que hubiera querido en la vida era que Jodie oyera aquellas terribles palabras. Había reaccionado así porque estaba enfadado consigo mismo por haber perdido el control.

Ahora entendía por qué Jodie parecía incómoda cuando estaban a solas. Deseó poder dar marcha atrás en el tiempo y no haber herido a aquella muchacha tan dulce y tierna que lo había querido una vez y que había tenido que soportar oírle decir que le daba asco.

—Me merezco la muerte -murmuró.

—Es tu cumpleaños -le recordó Margie-. Y todos los invitados han venido a celebrarlo contigo.

Alexander no dijo nada más. Entró en el comedor y dejó que todo el mundo lo felicitara, pero no se sentía feliz. Se sentía como si le hubieran arrancado el corazón.

Aquella noche, se metió en su despacho mientras Kirry hablaba

con Margie y llamó a Jodie. Se había bebido dos whiskies para intentar aplacar el dolor.

—No has venido -le dijo cuando Jodie contestó el teléfono.

Jodie tragó saliva.

—La invitación era falsa -consiguió contestar-. En realidad, tú no querías que fuera.

—¿No has venido porque habías quedado con Brody? -preguntó Alexander con sarcasmo.

—No -murmuró Jodie-. No he ido porque no pienso volver a intentar encajar en tu ajetreada vida social con tu clase social. No me gusta ese ambiente. No me gustan las mujeres que engañan a sus maridos y los maridos que engañan a sus mujeres, no me gustan los trepas. Desde luego, te aseguro que ésa no es mi idea de una fiesta divertida.

—Aunque no lo creas, tampoco es la mía -contestó Alexander-. Yo prefiero comer una hamburguesa y charlar con mis compañeros.

Aquello sorprendió a Jodie, que prefirió no creerlo.

—No creo que eso a Kirry le hiciera mucha gracia -apuntó.

Alexander se rió con frialdad.

—Le gustaría si creyera que eso iba a hacer que le pidiera que se casara conmigo. Soy rico, ¿no te has dado cuenta?

—Es difícil no darse cuenta -contestó Jodie.

—A Kirry le gusta vivir deprisa. Quiere diamantes y salir a cenar a restaurantes caros cuatro noches por semana.

—Estoy segura de que a ti también.

—¿Ah, sí?

Alexander, tengo cosas que hacer. ¿Quieres algo más?

—No sabía que habías oído lo que le dije a mi hermana la noche de la última fiesta -dijo Alexander con dolor-. No sabes cuánto lo siento. Mi madre bebía como una esponja...

—Yo sólo bebí un poco de champán -lo interrumpió Jodie-. Me emborraché rápidamente precisamente por eso y te pido perdón por lo que ocurrió.

—A mí me encantó -admitió Alexander.

Jodie no pudo contestar.

—¡Di algo! -gruñó Alexander.

—¿Qué quieres que diga? Lo que te digo es que tienes razón. No pertenezco a tu clase social y nunca perteneceré. Dijiste que te daba

asco y que estabas harto de mí...

—¡Jodie! Te aseguro que no lo dije en serio. Nunca me has dado asco.

—Ya es demasiado tarde -dijo Jodie-. No pienso volver al rancho, Alexander, ni por ti ni por Margie. Quiero vivir mi vida.

—¿Y no quieres que formemos parte de ella?

—No -suspiró Jodie.

—Pero esperarás a que hayamos resuelto el caso, ¿verdad?

A Jodie no le apetecía nada, pero recordó a los dos niños acribillados a balazos y asintió.

—Esperaré.

—Gracias.

—Alexander, ¿dónde estás? -dijo Kirry.

—Ahora voy, Kirry. Estoy hablando por teléfono.

—Vamos a abrir los regalos. ¡Venga!

Jodie lo oyó maldecir y sonrió.

—Creí que te lo estarías pasando bien en tu fiesta de cumpleaños -murmuró Jodie.

—No mucho porque mi mejor regalo no está -contestó Alexander.

Jodie sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Yo no soy el regalo de nadie, Alexander -le dijo-. Te tengo que dejar. Felicidades.

—He cumplido treinta y cuatro años -continuó Alexander-. La única familia que tengo es mi hermana. Dos de mis compañeros acaban de tener hijos y tienen la mesa llena de fotografías de sus hijos y de sus mujeres. Yo sólo tengo una de Kirry.

—Seguro que tus compañeros casados se cambiarían por ti...

—No me refería a eso. Yo no puse esa fotografía sobre mi mesa. Fue Kirry. En lugar de la fotografía de mi mujer y de mis hijos, tengo una fotografía de una mujer que se quiere comer el mundo.

—Eso es asunto tuyo.

—¿Por qué no me das una fotografía tuya?

—No tengo fotos mías.

—¿Y eso?

—Porque no tengo quién me las haga. Ni siquiera tengo cámara.

—Habrá que solucionar eso -murmuró Alexander-. ¿Te gusta ir al parque? Podríamos quedar para correr el lunes por la mañana en

ese que hay al lado de tu casa.

—No sé...

—No hay nada más que decir. Te recojo el lunes... puede que te pida perdón...

—Eso sería un milagro.

—Lo digo en serio. Me arrepiento muchísimo de que oyeras lo que dije.

Viniendo de Alexander, aquello era más que una disculpa. El jamás se disculpaba por nada. -Muy bien -contestó Jodie tras una pausa. -Podríamos empezar desde cero -propuso

Alexander.

—Alexander, ¿vienes o qué? -insistió Kirry. -¿No tendrías que hablar con ella primero? -dijo Jodie.

—No, voy a hacer algo mucho mejor -contestó

Alexander poniéndose de pie.

Jodie oyó un ruido y un portazo. -¿Qué has hecho?

—Le he tirado un libro a la cabeza, pero no te preocupes, no le he dado.

—Eres un salvaje.

—Sí, y necesito a alguien que me domestique. -Ya tienes a Kirry.

—No por mucho tiempo. ¿Nos vemos el lunes entonces?

—Muy bien -contestó Jodie por fin.

Cuando colgó, Jodie se dio cuenta de que su vida acababa de tomar un rumbo imprevisible y no supo por qué.

Capítulo 7

Jodie se acababa de poner el chándal y estaba terminando de preparar el desayuno cuando Alexander llamó a la puerta.

—No me gusta cómo te queda el pelo recogido -comentó.

—No puedo llevarlo suelto para ir a correr -protestó Jodie.

—¿Estás desayunando?

—Sólo un poco de beicon con huevos revueltos y galletas.

—¿Sólo? Pero si yo apenas me he tomado una barrita de chocolate.

Jodie se rió nerviosa. Le resultaba demasiado nuevo que Alexander estuviera en su casa porque le apeteciera estar con ella. No entendía aquel cambio de actitud y realmente no confiaba en él, pero estaba tan encantada que no se atrevía a plantearse aquellas dudas.

—Si me das un poco de tu desayuno, prometo no correr demasiado deprisa -dijo Alexander.

—Eso me suena a chantaje -bromeó Jodie-. ¿Qué diría tu jefe?

—Tú no eres un cliente ni un delincuente, así que no pasa nada.

Jodie le sirvió una taza de café y se dio cuenta de que no tenía más tazas de la misma vajilla ni más tenedores de la misma cubertería.

—No pasa nada -dijo Alexander dándose cuenta de su preocupación-. Si tú supieras la cantidad de gente que se hipoteca hasta las cejas para quedar bien delante de los demás... tú vives con lo que tienes y lo haces increíblemente bien.

—Gracias -contestó Jodie.

—¿Mermelada de arándanos? -preguntó Alex impresionado.

—Sí, la he hecho yo -contestó Jodie-. Prefiero hacer mermelada casera que comprarla y esos arándanos los recogí el verano pasado

en tu rancho. Son tuyos...

—Puedes recoger todos los que quieras siempre y cuando me hagas un bote de mermelada -rió Alexander.

—Me alegro de que te guste.

Tomaron el desayuno en un agradable silencio. Cuando Jodie sirvió una segunda taza de café, no quedaban galletas.

—Ahora sí que necesito ir a correr -comentó Alex-. Estaba todo buenísimo, Jodie.

—Eso te parece porque tenías mucha hambre.

Alexander tomó la segunda taza de café entre las manos y se quedó mirándola.

—Nunca has sabido aceptar un cumplido -le dijo amablemente-. Hay muchas cosas que haces mucho mejor que el resto de nosotros, pero eres tan modesta que rayas en la autodegradación.

Jodie se encogió de hombros.

—Me gusta cocinar.

Alexander siguió observándola. Estaba muy guapa sin maquillaje pues sus labios tenían un brillo natural y una forma maravillosa. Recordó sus besos y deseó volver a besar, pero se dio cuenta de que debía darle tiempo.

No podía meterle prisa si no quería perderla. En otro tiempo, aquello le hubiera dado igual, pero actualmente no podía soportar la idea de que Jodie no formara parte de su vida.

—La fiesta fue un horror -comentó de repente.

—¿Cómo dices?

—Kirry abrió todos los regalos y comentó cuánto habían costado y para lo que servían hasta que todos los invitados se pusieron como cubas -explicó Alexander-. Kirry terminó enfadándose con una antigua amiga que se presentó con su ex novio y le montó una escenita. Se fue a continuación en un taxi sin darnos tiempo a reaccionar.

Jodie intentó no reírse.

—Supongo que con ella se fueron también los sueños de gloria de tu hermana -comentó con tristeza.

—Kirry no ha tenido nunca la más mínima intención de ayudar a mi hermana -contestó Alexander terminándose el café-. No estaba dispuesta a jugarse su reputación por una diseñadora que nadie conocía. Sólo le interesaba estar con mi hermana para acostarse

conmigo.

—¿Cómo?

—Nunca lo consiguió -contestó Alexander.

Jodie se sonrojó.

—Quiero que lo sepas por si te llegan rumores sobre nuestra relación -explicó Alexander-. Lo nuestro no fue más que una atracción superficial. Jamás podría acostarme con una mujer que se mete en la cama maquillada.

—¿Y cómo sabes eso?

—Me lo ha dicha Margie -contestó Alexander sonriendo.

—¿Nos vamos? -preguntó Jodie poniéndose de pie nerviosa.

Alexander se puso en pie también y comenzó a recoger la mesa.

—Es la primera vez que te veo hacer eso -comentó Jodie sorprendida.

—Si me caso, tal y como yo quiero, quiero que los quehaceres domésticos se repartan al cincuenta por ciento. No me parece nada romántico tumbarme en el sofá mientras mi mujer se ocupa de fregar y de cocinar -dijo Alexander acercándose a ella y tomándola de los hombros-. Me doy cuenta ahora de que apenas te conozco. ¿Quieres tener hijos o das prioridad a tu carrera profesional?

Jodie sintió terror. La actitud de Alexander hacia ella había pasado de la total indiferencia a un intenso escrutinio.

—No hace falta que me contestes -añadió Alexander dándose cuenta.

—Me encantan los niños -contestó Jodie más calmada-. También me gusta trabajar, pero preferiría que fuera en un trabajo más interesante. Creo que me gustaría poder compaginar las dos cosas. Mi madre lo hizo -añadió mirándolo e imaginándose que sus hijos tendrían aquellos mismos ojos-. Me encantaría ser una buena profesional, pero ante todo prefiero tener una familia que me quiera.

—Yo opino lo mismo -dijo Alexander besándola con delicadeza.

Jodie no se conformó con aquel beso, le pasó los brazos por el cuello y se apretó contra él. Alexander ya estaba calculando la distancia que había de la cocina al dormitorio cuando se dio cuenta de que estaban yendo demasiado deprisa.

—Deberíamos irnos ya -le dijo-. Tengo una reunión a las diez, pero podríamos quedar para comer.

—Muy bien -contestó Jodie muy contenta.

Se sentía flotar, aquello era como un sueño.

—¿Te puedo hacer una pregunta? -le dijo desde la puerta.

—Dispara -contestó Alexander.

—¿Sales conmigo porque crees que Brody puede estar implicado en este caso de narcotráfico?

—Eres inteligente, Jodie.

—¿Eso quiere decir que no me vas a contestar?

—Efectivamente -sonrió Alexander esperando a que Jodie cerrara la puerta.

Durante la reunión que Alexander mantuvo con un agente del FBI de Houston, un detective de la policía de la misma ciudad especializado en bandas, un ranger de Texas y un agente de aduanas, quedó claro que las sospechas se centraban en alguien de la Ritter Oil Corporation que estaba introduciendo droga en Estados Unidos a través del almacén donde se guardaban los reguladores de petróleo y los equipos de perforación antes de ser enviados a la zona suroeste.

Contaban con la inestimable colaboración de un joven técnico de mantenimiento que había acudido al servicio de aduanas para avisarles de que se esperaba la llegada de un gran alijo de cocaína procedente de Colombia.

Alexander informó de que tenía una persona en la empresa en cuestión que estaba ayudando a vigilar a un sospechoso y de que había hecho correr el bulo de que estaban investigando a otra compañía petrolera llamada Thorn Oil y les pidió encarecidamente que no hablaran de aquel caso con ningún otro agente de la DEA pues tenía sospechas de que había un topo en su departamento.

Alexander apareció en el despacho de Jodie más optimista que de costumbre. No le faltaba mucho para llevar a cabo una detención, pero los días que estaban por llegar iban a ser críticos.

El alijo de cocaína iba a llegar a Houston la semana siguiente, así que debía pasar todo el tiempo que pudiera en la empresa de Jodie para no perder ningún detalle.

La invitó a comer, pero estaba preocupado.

—Hay algo que te ronda la mente, ¿verdad? -dijo Jodie.

—Sí, algo muy gordo -sonrió Alexander-. ¿Te gustaría venir conmigo a una misión de vigilancia?

—¡Me encantaría! -contestó Jodie-. ¿Me darás una pistola?

—No.

—Muy bien, pero no esperes que entonces te pueda salvar la vida -dijo Jodie encogiéndose de hombros.

—Espero que no se produzca ese momento.

—¿A quién tenemos que vigilar?

—Ya te enterarás en su debido momento y, por favor, de esto ni una palabra a nadie.

—¿Y cómo se vigila a un sospechoso?

—Te metes en el coche, no paras de tomar café y deseas estar en tu casa viendo la tele -contestó Alexander sinceramente-. Es muy aburrido, pero se lleva mucho mejor en compañía. Por eso te pido que me acompañes. Podemos estar besándonos en el coche y nadie sospechará de nosotros.

—Claro, tienes un jaguar y pretendes que nadie se percate de nuestra presencia -murmuró Jodie.

—No, no iremos en mi coche sino en uno de la policía.

—¿Con sirenas y todo? -bromeó Jodie.

—Por supuesto que no -sonrió Alexander-.

En un coche camuflado.

—Bueno, a mí lo que más me gusta es eso de besarnos -apuntó Jodie.

—A mí también -contestó Alexander.

Después de comer, mientras iban hacia el coche de Alexander, apareció un compañero suyo de la DEA llamado Kennedy.

—¡Hola, Cobb! ¿Qué tal todo? -preguntó el tipo con una gran sonrisa.

—No podría ir mejor -contestó Alexander-.¿Y tú qué tal?

—Sigo trabajando en ese caso de narcotráfico

—contestó Kennedy-. ¿Has oído algo sobre un equipo especial?

—Algún rumor -contestó Alexander-, pero no le he hecho mucho caso. Si me entero de algo, te lo diré.

—Gracias -dijo Kennedy.

—En cualquier caso, ¿tienes a alguien en Thorn Oil?

Kennedy carraspeó antes de contestar. -No, ¿por qué?

—No, por nada. Buen provecho.

—Gracias -contestó Kennedy-. Ya no nos vemos nunca en las reuniones de personal. ¿Estás en alguna misión secreta?

—Muy secreta -sonrió Alexander agarrando a Jodie de la cintura-. Hasta luego.

—¡Hasta luego! -dijo Kennedy avanzando hacia el restaurante.

Jodie esperó a estar en el interior del coche de Alexander para hablar.

—Todo lo que le has contado es mentira.

—Kennedy tiene la lengua muy larga -contestó Alexander poniendo el coche en marcha-. Es mejor no decirle nada porque lo suelta todo.

Alexander la dejó en la oficina y Jodie iba tan feliz pensando en sus cosas que al salir del ascensor no se dio cuenta de que Brody estaba delante y se chocó contra él.

—¡Uy, perdona! -exclamó dándose cuenta de que Cara estaba a su lado.

—Hola -la saludó.

Cara no era muy educada y se limitó a dedicarle una fría mirada.

—De verdad, cariño, no entiendo por qué no me puedes hacer este favor -le dijo a su novio en voz baja.

—Hay aparcamientos... -contestó Brody.

—Mi coche es muy caro. Lo único que te pido es que me dejes entrar, sólo eso.

Jodie puso la antena mientras fingía tener problemas para fichar.

—Las normas de la compañía... -dijo Brody.

—¡Las normas, las normas! Eres un directivo, ¿no? ¿Tienes que pedir permiso para una cosa tan insignificante? ¿No será que no eres lo suficientemente hombre como para tomar una decisión así?

—Hasta luego -se despidió Jodie alejándose lentamente.

—Supongo que por una vez podría hacerlo -aceptó Brody-, pero te advierto que dejar el coche en un almacén es menos seguro que dejarlo en un aparcamiento privado.

Jodie sintió que le daba un vuelco el corazón.

—Entonces, mañana por la noche, ¿a qué hora?

—A las seis y media -contestó Cara-. Ya será de noche para entonces, así que da dos ráfagas de luces para que sepa que eres tú.

Jodie no tuvo más remedio que alejarse, pero ya había oído suficiente. Tuvo cuidado de no llamar a Alexander desde la oficina

pues lo que le había oído decir a la novia de Brody era explosivo.

Capítulo 8

En cuanto llegó a casa, Jodie llamó a Alexander.

—¿Puedes venir inmediatamente? -le preguntó.

—¿A tu casa? ¿Por qué?

Jodie no sabía si su teléfono estaría intervenido. No se podía arriesgar.

—Porque llevo un camisón transparente y estoy esperando con una caja de preservativos en la mano -suspiró teatralmente.

—¡Jodie! -exclamó Alexander sorprendido. -Te tengo que contar una cosa -dijo Jodie muy seria.

Alexander dudó.

—Ahora mismo no puedo... -¿Con quién hablas, Alex?

Nada más oír aquella voz, Jodie supo a quién pertenecía.

—Perdón por la interrupción -se disculpó furiosa-. Supongo que Kirry y tú tenéis muchas cosas de las que hablar.

Colgó el teléfono y lo desenchufó. ¡Y pensar que había albergado esperanzas de que

Alexander sintiera algo por ella!

Estaba claro que no era así. Estaba en su casa a solas con Kirry.

¿Por qué no se había dado cuenta antes de que la estaba utilizando? Los Cobb siempre la habían utilizado. Se estaba comportando otra vez como una idiota. A pesar de todo lo que le había dicho, era obvio que Alexander no estaba interesado en ella.

Jodie intentó no llorar y fue hacia su ordenador decidida a investigar a la señorita Cara Domínguez. Tras pedir perdón en silencio a la policía local, se metió en su archivo y consultó su ficha.

Lo que averiguó era lo suficientemente interesante como para que se olvidara de Alexander. Por lo visto, Cara tenía pasado. Había sido detenida por posesión de estupefacientes en una ocasión en la

que la acusaron de distribuir cocaína, pero había conseguido que se retiraran los cargos.

Aparte de aquello, tenía antecedentes en otros países. Por lo visto, un tío suyo era uno de los mayores señores de la droga de Colombia.

Se preguntó si Alexander sabría todo aquello.

¿Le importaría? Estaba con Kirry. ¡Maldita Kirry! Jodie tiró una taza de plástico contra la pared.

En aquel momento, llamaron al interfono. -¿Sí? -contestó Jodie enfadada. -Abre -dijo Alexander.

—¿Estás solo?

—En más aspectos de los que te puedas imaginar -contestó Alexander-. Abre, Jodie.

Jodie abrió la puerta del portal y lo esperó con la puerta de casa abierta. Alexander llegó vestido de traje, parecía irritado. Entró en casa de Jodie y fue directamente a la cocina.

—Te iba a invitar a comer cuando apareció Kirry en mi casa llorando como una desconsolada y me dijo que quería hablar conmigo -le explicó tomándola de los hombros-. No quiero nada con Kirry. Te aseguro que es cierto.

—Me sorprende que me digas eso cuando estás conmigo solamente para atrapar al narcotraficante que te interesa.

—¿De verdad crees eso? -preguntó Alexander dolido-. Admito que mi hermana y yo no nos hemos comportado muy bien contigo, pero jamás fingiría mis sentimientos para atrapar a un delincuente.

Jodie no dijo nada.

—No tienes autoestima -musitó Alexander mirándola a los ojos-.

No ves algo que es obvio.

—Pues no, no lo veo...

Alexander la besó con pasión como respuesta.

—Si no te importa, me gustaría comer algo. Estoy muerto de hambre. Tengo guardias todas las noches de la semana, pero el viernes podríamos ir al cine o hacer algo.

—¿Al cine? -dijo Jodie con el corazón acelerado.

—Sí o, si prefieres, a la bolera.

Jodie sintió que la cabeza le daba vueltas. ¡Alexander quería estar con ella! Sin embargo, la fría realidad se abrió paso en su mente.

—No me has preguntado para qué te quería ver -dijo Jodie mientras Alexander servía dos platos de guiso de carne y los ponía en la mesa.

—Cuéntame -le dijo.

—Cara le ha pedido a Brody que le deje entrar en el almacén mañana después del trabajo, a las seis y media. Le ha dicho que es para dejar el coche, pero a mí me ha sonado sospechoso.

—Jodie, eres un genio.

—Eso no es todo -dijo Jodie probando el café-. A los diecisiete años la detuvieron por posesión de drogas cuando se disponía a distribuir cocaína y se libró porque quitaron la denuncia. Para colmo, se sospecha que uno de los mayores narcotraficantes de Colombia es tío suyo.

—¿Cómo sabes todo eso?

—No te lo puedo decir. Lo siento.

—Supongo que te habrás metido en los ordenadores de la policía, ¿no?

—No te lo puedo decir -repitió Jodie sonrojándose.

—Muy bien, no pasa nada, dejémoslo estar -sonrió Alexander dando buena cuenta del guiso y del pan de maíz casero.

Cuando terminaron de cenar, se acurrucaron en el sofá a ver la televisión.

—No ibas detrás de Brody, ¿verdad? -preguntó Jodie-. La que te interesa es Cara.

Alexander chasqueó la lengua y la abrazó.

—Eres demasiado inteligente.

—Se me habrá pegado de ti, que eres el experto -sonrió Jodie mirándolo a los ojos.

Tras ver una película, Alexander anunció que se debía ir.

—Tengo que hacer muchas cosas. Mañana vendré a buscarte a las seis y veinte e iremos al almacén en el coche de camuflaje -le dijo. De repente pareció dudar-. No sé si sería mejor que me llevara también a una agente femenina...

—No -dijo Jodie muy seria poniéndose de pie-. Este caso es mío. Si no hubiera sido por mí, no tendrías esa información.

—Eso es cierto, pero no quiero que te pase nada.

—No me da miedo.

—Muy bien, pero tú no saldrás del coche y no te pondrás a tiro.

—Lo que tú quieras -dijo Jodie.

El aparcamiento del almacén estaba desierto. La única persona que había allí era el guarda de seguridad, que había asomado la cabeza dos veces.

—Está compinchado -dijo Alexander con frialdad-. Sabe que va a venir alguien y lo está esperando.

—Sin duda -apuntó Jodie.

—Escucha, me he traído dos teléfonos móviles y te voy a dejar uno por si tú ves algo desde aquí que yo no vea desde dentro -dijo Alexander entregándole un teléfono.

—Tendrás a alguien cubriéndote, ¿no? -dijo Jodie preocupada.

—Sí, tengo a un equipo entero detrás de mí. Están escondidos.

—Menos mal.

Alexander tomó a Jodie entre sus brazos e hizo como que la besaba.

—Tienes el corazón a mil por hora -murmuró ella.

—La adrenalina -murmuró Alexander-. Vivo gracias a ella. No podría soportar un trabajo de oficina.

—A mí tampoco me gusta demasiado -sonrió Jodie.

En ese momento, pasó un coche hacia el almacén. Dudó unos segundos y aceleró.

—Ése es el coche de Brody -murmuró Jodie. -¿Y el que va detrás? -preguntó Alexander refiriéndose a un pequeño descapotable rojo.

—El de Cara.

—Es increíble que tenga un Ferrari cuando gana treinta y cinco mil dólares al año y dice que su madre es pobre.

—Yo estaba pensando lo mismo -contestó Jodie-. Bésame otra vez.

—No hay tiempo -dijo Alexander sacándose un walkie-. Atención, todas las unidades en

alerta. Objetivo avistado. Repito objetivo avistado. Alerta.

Diferentes voces contestaron por turnos.

Acto seguido, el coche de Brody salió del almacén y se perdió calle abajo. En cuanto se perdió de vista, apareció una furgoneta. Cara la estaba esperando en la entrada, le abrió la puerta del almacén, le indicó que pasara y dejó la puerta abierta.

Alexander esperó a que los ocupantes de la furgoneta se bajaran

y abrieran las puertas traseras antes de volver a ponerse en contacto con sus compañeros.

—Todas las unidades en movimiento. Repito: todas las unidades en movimiento. ¡Vamos allá!

A continuación, se giró hacia Jodie.

—No te muevas de aquí, cierra las puertas y no salgas del coche hasta que te llame por teléfono para decirte que todo está bajo control. No entres en el aparcamiento bajo ninguna circunstancia, ¿entendido?

Jodie asintió.

—Muy bien -dijo-. No dejes que te maten.

Alexander la besó.

—No es mi intención. Hasta luego.

Alexander salió del coche y se reunió con otra persona junto al edificio que había al lado del almacén. Jodie no tardó en perderlos de vista. Jodie se deslizó por el asiento hasta que sólo se le veían los ojos y la frente. Esperó hasta que oyó un tiro y luego vio salir a mucha gente corriendo.

A continuación, más tiros. A Jodie le dio un vuelco el corazón. Apretó los dientes y rezó para que no le ocurriera nada a Alexander.

Entonces, lo vio. Salía con otra persona y llevaban esposados a un hombre y a una mujer. Estaban hablando entre ellos cuando Jodie vio a una figura solitaria fuera del almacén que se acercaba a ellos con un arma automática.

Se apresuró a llamar a Alexander al móvil, pero el teléfono no funcionaba y el asesino se acercaba.

Sólo se le ocurrió una manera de salvarlo. Se puso al volante, puso el coche en marcha y se fue directa a por el hombre armado, que estaba cruzando en aquel momento la verja.

Cuando el hombre vio que el coche se le echaba encima, comenzó a disparar. Jodie se tumbó en el asiento y rezó para que las balas no atravesaran tan fácilmente el motor como habían hecho con el parabrisas.

Cuando el coche se estrelló contra la pared, alguien abrió la puerta. Jodie levantó la mirada y se encontró con los ojos de Alexander.

—Jodie! ¡Apaga el motor!

Jodie así lo hizo.

Alexander la sacó del coche y comenzó a palparle el cuerpo en busca de heridas. Jodie tenía la cara y las manos cubiertas de sangre por los cortes de los cristales.

Se dio cuenta de que a Alexander le temblaban las manos.

—Estoy bien -le aseguró-. ¿Y tú?

—Yo también.

—Te iba a disparar por la espalda -le explicó Jodie.

—¡Te he dicho que me llamaras por teléfono!

—¡No funcionaba!

Alexander lo miró y comprobó que el teléfono no tenía batería.

—Y no me grites -le recriminó Jodie-. ¡No podía permitir que te matara!

Alexander la tomó entre sus brazos y la besó con pasión.

—¡Estás completamente loca, pero me has salvado la vida! -exclamó Alexander riendo y girándose hacia dos compañeros-. Está bien, sólo tiene cortes por los cristales.

—Eso que has hecho ha sido muy valiente -le dijo un compañero de Alexander-. Muchas gracias.

—De nada -sonrió Jodie tímidamente.

—Deberías llevarla al hospital -apuntó el otro hombre.

—Sí, tienes razón -contestó Alexander-. Bueno, chicos, nos vemos mañana.

Cuando el médico terminó de curarle la cara, Alexander pidió otro coche para llevar a Jodie a casa.

—¿Habéis arrestado a Cara? -preguntó Jodie.

—Sí, pero ella no sabe que yo era el jefe de la operación. La ha arrestado una agente de la policía de Houston. La han arrestado junto a otros dos hombres que ella jura y perjura que no conoce. En la furgoneta había cocaína suficiente para que toda la ciudad se fuera de fiesta y, de hecho, los dos hombres iban colocados.

—¿Y ella?

—No, ella no se había metido nada -contestó Alexander-. Vamos a tener que ver la manera de conectarla con todo esto. Eso quiere decir que vamos a tener que ir también a por tu jefe pues, aunque inocentemente, le dio acceso al almacén -le explicó Alexander mirándola como pidiéndole disculpas.

—¿No podría haberle pedido simplemente al guarda de seguridad que les diera acceso?

—Podría ser, pero sospecho que Cara quería involucrar a Brody para tenerlo bien agarrado y poder hacerle chantaje si él no obedecía -contestó Alexander-. No te preocupes, no dejaré que lo lleven a juicio -sonrió al ver la cara de preocupación de Jodie.

—Gracias, Alexander.

Alexander se acercó a ella y examinó las heridas que tenía en la cara y los brazos.

—Pobrecita mía -dijo con amabilidad-. Lo último que yo quería era que te ocurriera algo.

—Si no hubiera hecho nada, ahora estarías muerto -contestó Jodie-. El teléfono no funcionaba y estabas demasiado lejos para oírme si gritaba. Además, no me gustan nada los funerales -añadió Jodie chasqueando la lengua.

—A mí tampoco -contestó Alexander besándola hasta dejarla sin aliento-. Tengo que volver a la oficina para atar algunos cabos sueltos y tú debes acompañarme a la comisaría de policía más cercana para prestar declaración. Eres testigo -dijo Alexander frunciendo el ceño.

—¿Qué ocurre?

—Cara sabe quién eres y puede averiguar dónde vives. Podría querer vengarse de ti, así que voy a pedir que te pongan seguridad.

—¿Crees que será necesario?

—Me temo que sí -contestó Alexander-. ¿Sabes cuánto hubiera alcanzado en la calle la cocaína que hemos confiscado?

—¿Cuánto?

—De treinta a treinta y cinco millones de dólares.

Jodie silbó impresionada.

—Ahora entiendo que no les importe matar a gente. Yeso era sólo un alijo, ¿no?

—Sí, aunque muy grande. Ahora mismo, tenemos otra investigación abierta sobre los rebeldes colombianos, pero no te puedo hablar de ella pues es secreto de Estado -dijo Alexander acariciándole el pelo-. Muchas gracias por salvarme la vida -añadió tras una pausa-. Aunque haya sido una locura, nos has salvado la vida a mis dos hombres y a mí.

Jodie le acarició la mejilla.

—De nada. Tú habrías hecho lo mismo por Margie o por mí.

—Sí, así es.

Alexander seguía preocupado, así que Jodie lo besó con cariño.

—Es que podría haberte perdido -se lamentó Alexander.

—Te puedo asegurar que no soy tan fácil de matar -sonrió Jodie.

—En cualquier caso, quiero que tengas cuidado. Si Brody te pregunta algo, y estoy seguro de que lo va a hacer, no le digas nada. Le dices que estabas conmigo cuando todo comenzó y que lo único que sabes es que hubo un tiroteo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Alexander suspiró y la besó por última vez antes de ayudarla a ponerse en pie.

—Tengo que ayudar a los chicos con el papeleo. Preferiría quedarme contigo, pero es imposible. Quiero que vayas a casa, cierres las puertas con llave y tengas el teléfono a mano. Si me necesitas, me llamas. Mañana mismo, tendrás vigilancia policial.

—No te preocupes, tengo una linterna muy grande, como la que tú llevas en el coche, así que si alguien intenta entrar se va a llevar un buen dolor de cabeza de recuerdo.

«Espero que no lleven pistolas», pensó Alexander.

—No subestimes al enemigo -le advirtió.

Jodie contestó con un saludo militar.

—Incorregible -contestó Alexander besándola-, pero no puedo vivir sin ti, así que ten cuidado.

—Lo tendré, te lo prometo. Quiero que tú también me lo prometas.

Alexander sonrió.

—No te preocupes, tengo planes de futuro -le aseguró-. Hablamos mañana.

—Muy bien, buenas noches.

Buenas noches -se despidió Alexander-. Cierra con llave.

Jodie cerró con llave y se dejó caer en una silla, temblando al recordar lo que había sucedido aquella noche.

Estaba viva y Alexander estaba vivo, pero recordaba el silbido de las balas y las heridas de los cristales.

Se fue a la cama, pero no durmió bien. Alexander la llamó muy temprano a la mañana siguiente para ver qué tal estaba y decirle que la pasaría a recoger para ir a comer.

Jodie se vistió y se fue a trabajar asumiendo que sus compañeros iban a hacerle muchas preguntas a pesar de que se había puesto un

jersey de manga larga y cuello vuelto. No había manera de ocultar los cortes que tenía en la barbilla y en las mejillas.

No podía contarles la verdad, así que mintió y dijo que se había caído por las escaleras.

Todo el mundo se lo creyó excepto Brody. En cuanto la vio aparecer, se dirigió a su despacho. Parecía triste y preocupado.

—¿Estás bien? -le preguntó-. He estado muy preocupado toda la noche.

Jodie lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo te has enterado?

—Tuve que ir a pagar la fianza de Cara esta madrugada -contestó Brody-. La han acusado de narcotráfico. Es increíble. ¡Ella solamente estaba aparcando el coche cuando esos lunáticos se pusieron a disparar!

Capítulo 9

Jodie recordó lo que Alexander le había dicho y consiguió no reírse ante las palabras de Brody. ¿Cómo podía ser tan ingenuo?

—¿Por narcotráfico? -dijo Jodie interpretando su papel-. ¿Cara?

—Eso dicen -contestó Brody-. Por lo visto, había varios guardas de seguridad de Ritters por allí y cuando comenzó el tiroteo devolvieron los disparos. Supongo que fueron ellos los que avisaron a la policía. Lo cierto es que tu amigo Cobb estaba allí cuando arrestaron a Cara.

—Sí, lo sé. Oímos los disparos desde el otro lado de la calle y Alexander salió corriendo del coche para ayudar.

—Sí, os vi cuando fui a acompañar a Cara al aparcamiento -dijo Brody avergonzado-. Me han contado que uno de los narcotraficantes llevaba un arma automática y que tú impediste que matara a Alexander yendo a por él con el coche. Supongo que un gesto tan valiente por tu parte quiere decir que realmente quieres a Alexander.

—Sí, lo quiero mucho -confesó Jodie.

—Cara me ha dicho que debes de estar loca por él para haber hecho algo así.

—Pobre Cara -dijo Jodie intentando cambiar de tema-. Siento mucho lo que le está ocurriendo. ¿Por qué creen que ella tiene algo que ver? Lo que ha pasado es que estaba en el lugar equivocado y en el momento más inoportuno.

Brody pareció relajarse.

—Eso es lo que ella dice. Por cierto, Alexander no estará involucrado en su detención, ¿verdad?

—Estábamos en el coche, junto al aparcamiento y no teníamos ni idea de que fuera a haber ninguna redada policial -contestó

Jodie.

—Así que por eso estaba él allí -murmuró Brody ausente-. Supuse que debía de ser algo parecido. Cara no sabía quiénes eran los demás, pero la que la detuvo era una mujer.

—Ya sabes que hay que tener cuidado con las mujeres de Texas -sonrió Jodie.

Aquello hizo reír a Brody.

—Eso parece. Se supone que en la operación había también un agente de la DEA. Cara tiene un amigo que trabaja en ese departamento y ha intentado ponerse en contacto con él, pero por lo visto no está en la ciudad. Supongo que no será Alexander. ¿Tienes idea de quién podría ser?

—No -contestó Jodie-. Te puedo asegurar que Alexander no es porque me lo cuenta todo y yo lo sabría.

—Claro.

Jodie se preguntó si el amigo que Cara tenía en la DEA sería Kennedy.

—¿Y qué va a hacer Cara? -preguntó como si estuviera preocupada.

—Supongo que contratar a un abogado -contestó Brody.

—Espero que todo le vaya bien. Lo siento mucho, Brody.

—Sí, yo también. Bueno, te dejo. Tengo que ir a llamar a Cara ¿de verdad que estás bien?

—Sí, de verdad -sonrió Jodie.

—Hasta luego -sonrió Brody alejándose por el pasillo.

Cuando Alexander la llamó, Jodie le dijo que quedaban en la cafetería para tomar algo rápidamente.

—Te has convertido en toda una leyenda local -sonrió Alexander ante el capuchino.

—¿Yo? -exclamó Jodie.

—«Secretaria de empresa petrolera se lanza contra un hombre armado para salvar a su novio» -sonrió Alexander.

Jodie se sonrojó y lo miró a los ojos.

—Para empezar, no soy secretaria y para seguir tú no eres mi...

—No he sido yo el que ha empezado el rumor -se defendió Alexander-, pero estoy de acuerdo en que eres toda una heroína. ¿Te gustaría seguir siéndolo?

—¿Qué quieres que haga? -preguntó Jodie muy atenta.

—Han soltado a Cara esta tarde y estamos seguros de que tarde o temprano va a entrevistarse con uno de sus subordinados en algún lugar público donde no la vamos a poder grabar. Quiero que cuando eso ocurra, pases por allí como por casualidad y pongas un micrófono bajo su mesa.

—¡Como en las películas de James Bond! -exclamó Jodie encantada.

—¿Eso quiere decir que aceptas?

—Por supuesto, pero, ¿por qué no se lo pides a uno de tus hombres?

—Porque Cara jamás sospecharía de ti.

—¿Cuándo tengo que hacerlo?

—Ya te lo diré -contestó Alexander-. Mientras tanto, mantén los ojos y los oídos bien abiertos. Por lo visto, uno de los socios de Cara es camarero de un pequeño café llamado The Beat.

—¡Lo conozco! ¡Yo voy mucho allí! Tienen un café riquísimo y hay música en vivo. Además, quien quiera puede subir al escenario y leer sus poemas... yo lo hice la semana pasada...

Alexander parecía impresionado.

—¿Te subiste a un escenario y leíste tus poemas delante de la gente? No sabía que siguieras escribiendo, por cierto.

—Son cosas muy personales -contestó Jodie incómoda.

—¿Sobre mí? -preguntó Alexander con arrogancia.

Jodie lo miró a los ojos.

—Te puedo asegurar que cuando escribí esos poemas eras la persona que peor me caía del mundo -contestó Jodie.

—Vaya -sonrió Alexander-. En cualquier caso, mejor que seas clienta asidua de ese local. Así, nadie sospechará -añadió entrelazando sus dedos con los de Jodie-. Tienes heridas por toda la cara. ¿Te duele?

—Nada en comparación con lo que me habría dolido si te hubieran matado delante de mí.

—Eso es exactamente lo que pensé cuando te vi lanzarte con el coche a por aquel tipo y vi cómo estallaba el parabrisas bajo las balas -contestó Alexander apretándole la mano.

Jodie se quedó sin aliento. Alexander jamás le había dicho algo así.

De repente, Alexander se rió y le soltó la mano.

—Nos estamos poniendo muy melodramáticos y tengo trabajo -dijo mirando el reloj-. No te puedo prometer nada, pero a lo mejor este fin de semana podemos ir al cine.

—Por mí, encantada -contestó Jodie-. En cuanto a lo otro, dímelo en cuanto lo sepas.

—No me gusta nada volver a ponerte en peligro otra vez -dijo Alexander con el ceño fruncido.

—No te preocupes, suelo ir a ese café muy a menudo -le aseguró Jodie.

—Muy bien -suspiró Alexander-. No bajes la guardia. Espero que te des cuenta si alguien te sigue.

—Me da pánico sólo pensarlo, así que tendré cuidado. Tú haz lo mismo. -De acuerdo -sonrió Alexander.

Al día siguiente, Jodie llegó a casa, se preparó una sopa y un sándwich para cenar y a continuación se puso a leer. Le sorprendió mucho que Alexander la llamara por teléfono y le indicara que bajara al café rápidamente.

—Nos vemos en el aparcamiento -le dijo-. Ven en taxi. Date prisa, Jodie.

—Muy bien, ahora mismo voy para allá -contestó Jodie quitándose el pijama.

Jodie se apresuró a cambiarse de ropa y corrió al ascensor.

Minutos después, se reunió con Alexander fuera del café.

—Ya estoy aquí -anunció viendo que Alexander estaba muy preocupado-. ¿Qué quieres que haga?

—No estoy seguro de que quiera que hagas nada -contestó él sinceramente-. Esto es muy peligroso. Ahora mismo, Cara no tiene razones para sospechar de ti, pero si le pones un micrófono en la mesa y lo descubre, podría querer matarte.

—Te recuerdo que fuiste tú el que me enseñó la foto de esos dos niños a los que mataron -contestó Jodie-. Sé lo que me juego y estoy dispuesta a aceptarlo.

—Te tiemblan las piernas -murmuró Alexander.

—Sí -rió Jodie-, y tengo el corazón a mil por hora, pero aun así quiero seguir adelante. ¿Qué tengo que hacer?

—Entra en el coche y te lo cuento...

—¿Cara está dentro? -Preguntó Jodie una vez dentro el coche.

—Sí, en la mesa que está más cerca de la puerta de la cocina, a

la izquierda del escenario -le explicó Alexander entregándole un bolígrafo.

—No, gracias, llevo dos en el bolso...

—Es un micrófono -le explicó Alexander.

—¿Quieres que lo deje sobre la mesa?

—Quiero que lo dejes caer bajo la mesa -puntualizó Alexander-. Te advierto que, si lo ve, estamos perdidos. No somos los únicos que sabemos lo que son estos juguetitos.

Jodie estaba empezando a darse cuenta de que Cara no era imbécil.

—Muy bien, me acercaré a saludar y me aseguraré de dejarlo en un lugar donde no le pueda dar con el pie. ¿Qué te parece?

—Muy bien, pero asegúrate que no se da cuenta de nada.

—Tendré mucho cuidado.

Alexander se estaba arrepintiendo. Jodie era valiente, pero el valor no era lo único que hacía falta para una misión así. Recordó cómo le había salvado la vida la noche que habían detenido a Cara. Jodie podría haber muerto. Desde entonces, Alexander no había dormido bien.

Se estaba dando cuenta de que no podía vivir sin ella.

—¿Por qué me miras así? -sonrió Jodie con curiosidad-. No soy tonta. Te prometo que no te fallaré.

—No era por eso -contestó Alexander-. ¿Estás segura que quieres seguir adelante?

—Muy segura.

—Muy bien -contestó Alexander-. ¿Qué excusa vas a poner para estar en el café?

—Justo después de que me llamaras, he llamado a Johnny, el dueño, y le he dicho que tenía un poema nuevo. Le he dicho que me daba vergüenza leerlo delante de mucha gente y él me ha indicado que hoy no había mucha gente y que me pasara cuando quisiera.

—Improvisas muy bien.

—Llevo años observándote -bromeó Jodie-.

Lo cierto es que tengo un poema nuevo para leer. Así, Cara no sospechará.

Alexander la besó con pasión. -No te va a pasar nada.

—¿Lo dices para tranquilizarme a mí o para tranquilizarte tú? -sonrió Jodie.

—A los dos -contestó Alexander con ternura volviendo la cabeza-. A trabajar. -¿Qué hago cuando Cara se vaya?

—Pides un taxi y te vas a casa. Nos vemos allí. Si ocurre algo o si crees que Cara se está comportando de manera sospechosa, no salgas del café y me llamas al móvil, ¿entendido? -dijo Alexander entregándole un papel con su número de teléfono.

—Entendido.

Jodie salió del coche y aspiró la fresca brisa de la noche. Se arrebujó en su abrigo y fue hacia la puerta del café. No le había dicho a Alexander que su nuevo poema era sobre él.

Al entrar, no miró a su alrededor y fue directamente a la mesa donde se solía sentar. Llevaba el bolígrafo apretado en una mano. Cuando se sentó, miró a su alrededor y vio a Cara en una mesa con otra mujer. Le sonrió y Cara frunció el ceño.

«Oh, oh», pensó Jodie manteniendo la sonrisa y levantándose para acercarse a su mesa.

—Me pareció que eras tú -la saludó alegremente-. No sabía que vinieras por aquí. Brody no me había dicho nada.

Cara la miró con recelo.

—¿Tú vienes mucho por aquí?

—Muchísimo -contestó Jodie sinceramente-. A Johnny le encanta lo que escribo.

—¿Tú escribes? -preguntó Cara asombrada.

—Poesía -sonrió Jodie.

—¿Tú? -dijo Cara en tono insultante.

La mujer que la acompañaba, que era mayor que ella, no decía nada.

Jodie sintió miedo y luchó para que no se le notara. Le sudaban las palmas de las manos. En ese momento, Johnny fue hacia ella limpiándose las manos en el delantal.

—¡Hola, Jodie! -la saludó-. No tienes nada de qué preocuparte. Aparte de estas dos señoritas, los demás son los de siempre. Seguro que lo vas a hacer fenomenal.

—Ahora que he hablado contigo me siento mucho mejor -contestó Jodie.

—¿Son amigas tuyas? -preguntó Johnny mirando a Cara con interés.

—Cara es la novia de mi jefe -contestó Jodie.

—Qué suerte tienen algunos -murmuró Johnny en voz baja.

Cara se relajó y sonrió.

—Soy Cara Domínguez -se presentó-. Y ésta es mi amiga Chiva.

Johnny se acercó a la mesa para estrecharles la mano y Jodie fingió que perdía el equilibrio y aprovechó para dejar caer el bolígrafo bajo la mesa.

—Perdona -se disculpó Johnny.

—No pasa nada.

—Entonces, sube al escenario y deléitanos con tus poemas. ¿El capuchino con vainilla como siempre?

—Sí, pero grande y con cruasán. -La casa invita -dijo Johnny. -Gracias -exclamó Jodie.

—De nada. Encantado de conocerlas, señoritas. -Lo mismo digo -contestó Cara mirando a

Jodie con mucho menos recelo-. Así que escribes poesía, ¿eh? Me apetece mucho oírte.

—No soy muy buena, pero el público de aquí suele ser muy paciente. Hasta luego.

Cara sonrió y la otra mujer no dijo nada.

Jodie se quitó el abrigo y subió al escenario intentando ignorar que le temblaban las rodillas. Rezó para que Alexander oyera la conversación de las dos mujeres. En cuanto encendió el micrófono y sacó el papel del bolsillo, Cara y su amiga se pusieron a hablar a toda velocidad.

Jodie sonrió al público y comenzó a leer. No lo debía de estar haciendo demasiado mal pues la gente parecía pendiente de sus versos. De hecho, cuando terminó de leerlos, aplaudieron gustosos.

Cara y su amiga estaban demasiado concentradas en su conversación y no le hicieron ni caso. Jodie volvió a su sitio y se tomó el cruasán y el capuchino de espaldas a la mesa donde estaban Cara y la otra mujer para que creyeran que no las estaba vigilando.

Unos minutos después, Johnny se acercó a ella y le dio una palmadita en la espalda.

—Has estado genial -exclamó-. Una pena que tu amiga no te haya escuchado.

—No le gusta mucho la poesía -contestó Jodie.

—Supongo que habrá sido eso. Ni siquiera se ha terminado el café.

—¿Se han ido?

—Hace cinco minutos -continuó Johnny-. Mejor.

—Gracias por la invitación, Johnny, y por los ánimos.

—Me gustaría, si no te importa, que me dieras una copia de ese poema.

Jodie lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿De verdad?

Johnny se encogió de hombros.

—Me ha parecido muy bueno y resulta que tengo un amigo que tiene una pequeña publicación de poesía y me gustaría enseñárselo.

—¡Gracias, Johnny! -dijo Jodie entregándole la hoja de papel.

—De nada, te llamaré en cuanto sepa algo -dijo Johnny-. Por cierto, ¿este boli es tuyo? -añadió sacándose el micrófono boli del bolsillo-. Estaba bajo la mesa de tus amigas y he estado a punto de pisarlo.

—Sí, es mío.

—Espero no haberlo roto. Si ha sido así, dímelo y te compraré otro.

—No pasa nada, Johnny, no es más que un boli -dijo Jodie con indiferencia.

—Voy a pedirte un taxi.

—Estupendo.

Jodie esperó a que llegara el taxi con la cabeza llena de esperanzas, y no solamente por Alexander.

-¿Se ha roto? -le preguntó Jodie a Alexander una vez a solas en su casa.

—Lo llevaré al laboratorio para que lo miren

—contestó Alexander. -¿Se oía bien?

Alexander sonrió encantado.

—He oído todo y lo he grabado todo. Sin ti jamás hubiéramos obtenido toda esta información. Sólo hay un problema.

—¿De qué se trata?

—A Cara no le gusta nada tu poesía.

—Me importa un bledo, pero Johnny me ha dicho que le va enseñar mi último poema a un editor que es amigo suyo. A él le ha parecido precioso.

—A mí también -dijo Alexander.

Jodie se puso nerviosa, pero se dijo que era imposible que

Alexander supiera que el poema lo había inspirado él, así que se limitó a darle las gracias.

—Cada día me convenzo más de que estoy hecha para el espionaje -murmuró.

—Puede que tengas razón, pero lo paso fatal siempre que estás en peligro -dijo Alexander tomándola de la mano-. No me apetece nada irme, pero tengo que volver a la oficina y escuchar atentamente la cinta. Mañana tengo una reunión con mi unidad. Tú sigue como si no hubiera ocurrido nada. Simplemente, te has encontrado con Cara en tu café preferido, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Mañana te llamo.

—Eso dicen todos -bromeó Jodie.

—¿A quién te refieres? -dijo Alexander desde la puerta.

—¿Cómo?

—¿Quién más te ha dicho que te iba a llamar?

—Para empezar, el presidente, que quiere que le dé unos consejos sobre política exterior –contestó Jodie.

—Incorregible -rió Alexander guiñándole un ojo-. ¡Cierra con llave! -añadió ya en el pasillo.

Jodie cerró con llave y lo oyó chasquear la lengua. Se apoyó contra la puerta y suspiró. Lo había conseguido. Había hecho lo que Alexander le había pedido y lo había hecho bien. Alexander estaba orgulloso de ella.

Jodie estaba sorprendida de la cantidad de veces que Alexander le había sonreído en aquellas semanas. Siempre había sido un hombre reservado y taciturno, pero era obvio que disfrutaba estando con ella.

Al día siguiente, Brody parecía muy preocupado.

—¿Estás bien? -le preguntó Jodie.

Brody se paseó nervioso por su despacho, se volvió hacia ella y la miró con curiosidad.

—¿Estás involucrada en algún tipo de operación secreta o algo parecido?

—¿Cómo? -dijo Jodie con los ojos como platos.

Brody carraspeó.

—Sé que ayer estuviste en el mismo café en el que estaba Cara con una amiga. Me estaba preguntando si las estabas espiando...

—Brody, suelo ir al The Beat muy a menudo -le aseguró Jodie-. A Alexander le encanta ir al teatro o a conciertos, pero a mí también me gusta la poesía mala y los bongos. Llevo meses yendo a ese café. No es un secreto. El propietario me conoce muy bien.

Brody se relajó y sonrió.

—Menos mal. Eso es lo que me dijo Cara, pero teniendo en cuenta que tu novio y tú estuvisteis comiendo en el mismo restaurante que nosotros, que luego nos encontramos en el concierto y que Alexander trabaja para la DEA...

—Coincidencias -dijo Jodie-. No son más que coincidencias. A no ser que creas que te he estado siguiendo -añadió Jodie con deliberado énfasis batiendo las pestañas.

Brody se quedó pensativo.

—Yo... nunca se me había ocurrido que tú...

—Eres un hombre encantador, Brody, y Cara te trata muy mal -comentó Jodie indignada-. Eres demasiado bueno para ella.

Brody se sentía visiblemente azorado, halagado y nervioso.

—Perdona, pero como sabía que Alexander trabajaba para la DEA, bueno, creí que estaba espiando a Cara con tu ayuda...

—¡Pues cualquiera diría que yo soy un agente secreto! -exclamó Jodie riendo-. Además, Alexander jamás me dejaría hacer algo así de peligroso.

—Perdóname -suspiró Brody-. Estoy viviendo una situación un tanto extraña y se me pasan cosas muy raras por la cabeza. Cara me había dicho que el dueño del café te conocía bien y que simplemente habías ido allí a leer tus poemas.

—Efectivamente, Brody. Ahora, si quieres, podemos seguir trabajando -sonrió Jodie.

Brody asintió y Jodie se sintió enormemente aliviada.

Aquello había sido un aviso importante. No era Cara la que sospechaba sino Brody.

Capítulo 10

Era un alivio que Cara no sospechara que la estaba vigilando, pero era preocupante que su jefe sí lo creyera. Brody era un hombre muy inteligente y no iba a resultar fácil engañarlo.

Jodie se dijo que tenía que comentárselo a Alexander en cuanto lo viera.

Alexander se pasó por su casa aquella tarde, taciturno y preocupado.

—Ha ocurrido algo -aventuró Jodie.

Alexander asintió.

—¿Me invitas a un café?

—Por supuesto, vamos a la cocina.

Alexander se sentó en una silla de la cocina y Jodie le sirvió una taza de café recién hecho. Alexander lo probó y se quedó mirándola.

—Kennedy ha vuelto hoy a la ciudad. Es el contacto de Cara.

—Madre mía -murmuró Jodie presintiendo que aquello no quería decir nada bueno.

—Lo he llamado a mi despacho y le he dicho que estaba despedido y por qué. Tengo dos declaraciones juradas de dos testigos que han querido testificar a cambio de que se reduzcan las penas -suspiró Alexander-. Kennedy me ha dicho que sabía que tú estabas involucrada y que se lo iba a contar a Cara si seguía adelante.

—No te preocupes -dijo Jodie intentando disimular el pánico-. No podías dejar que siguiera trabajando con vosotros después de lo que ha hecho.

Alexander la miró sorprendido.

—No dejas de sorprenderme, Jodie. ¿Cómo sabías que no me iba

a echar atrás?

Jodie sonrió con afecto.

—No serías Alexander Cobb si dejaras que la gente te atemorizara con sus faroles.

—El problema con Kennedy es que no va de farol.

—¿Y qué hacemos? -preguntó Jodie un tanto desconcertada.

—Vas a tener que irte a vivir con Margie unos días, hasta que tengamos este caso resuelto. Nos han descubierto.

—Tu hermana sabe manejar un arma, pero no muy bien.

—Chayce, el capataz, Derek y sus dos hermanos sí saben disparar y en estos momentos van hacia Jacobsville -le explicó Alexander-. No he tenido más que decirle a Derek que Margie y tú estabais en peligro para que aceptara rápidamente.

—Siempre dices que no te caía bien -le recordó Jodie.

Alexander se encogió de hombros.

—No me gusta la idea de que mi hermana se líe con mi primo, pero Derek parecía opinar lo mismo que yo porque me ha contado algo que no sabía. Resulta que Derek no era hijo de mi tío. Su madre tuvo una relación extramatrimonial con un ex novio y él nació de esa unión. Era un secreto de familia hasta ayer por la noche. Eso quiere decir que no somos familia.

—¿Se lo has contado a Margie?

—Eso se lo tiene que contar Derek -contestó Alexander-. Yo ya he interferido bastante entre ellos -añadió mirando qué hora era-. Me tengo que ir. Tengo un hombre vigilando tu casa, pero mañana mismo le dices a Brody que te tienes que tomar unos días libres para ir a cuidar a un pariente enfermo y te vas directamente a casa de Margie, ¿entendido?

—¡No puedo dejar el trabajo así como así!

—¡Te estás jugando la vida! -le advirtió Alexander-. Esto no es un juego. Esa gente no se anda con tonterías y no dudaría en matarte. No quiero verte morir, Jodie, y menos por algo en lo que yo te he metido.

Jodie se dio cuenta de que aquello era mucho más serio de lo que ella creía.

—Ya te he dicho que Cara sabe que estás trabajando con la DEA. Nos han descubierto y te tienes que esconder. No hay nada más que hablar.

Jodie se quedó mirándolo y se dio cuenta de que estaba atrapada. Jamás pedía días libres, ni siquiera cuando estaba enferma, pues sabía que la política de la empresa era extremadamente estricta. Estaba casi segura de que aquello le iba a costar el trabajo.

—Si te echan del trabajo, será una bendición -dijo Alexander como si le hubiera leído el pensamiento-. Eres demasiado buena para perder el tiempo trabajando allí. Cuando todo esto termine, te voy a ayudar a encontrar algo mejor. Estoy dispuesto a pagarte unas clases para que te diplomes en informática y luego buscaremos un trabajo mejor -añadió terminándose el café-. Claro que también podría haber otra alternativa...

—¿Cuál?

—Ya hablaremos de ello otro día. Me tengo que ir.

Jodie lo acompañó a la puerta.

—Ten cuidado -le dijo.

Alexander se abrió la chaqueta y señaló su pistola automática del cuarenta y cinco.

Se despidieron con un beso cargado de pasión que los dejó a ambos con la respiración entrecortada.

—Y pensar que he desperdiciado todos estos años metiéndome contigo -murmuró Alexander.

—Parecía que te gustaba mucho -contestó Jodie.

—No quería un matrimonio como el de mis padres y por eso mantenía a las mujeres a distancia -confesó Alexander-. Sobre todo, a ti -añadió-. Tú eras la más peligrosa de todas, no podía permitir que te dieras cuenta de lo mucho que me gustabas y veo que hice un buen trabajo. Y, entonces, bebiste demasiado champán en aquella fiesta e hiciste lo que yo temía que hicieras desde que terminaste el colegio.

—¿Temías?

—Sabía que si te besaba una vez no podría parar jamás -murmuró Alexander besándola-. Todo lo que me oíste decirle a Margie fue el resultado de un ataque de nervios conmigo mismo por lo que acabábamos de hacer. Aquella noche no pegué ojo.

—Yo tampoco -confesó Jodie-. Creí que me odiabas.

Alexander suspiró.

—No sabía que estabas escuchando, pero me sentí horriblemente

mal cuando te vi a la mañana siguiente. Parecías avergonzada y humillada y todo era por mi culpa. Quería hablar contigo para pedirte disculpas, pero tú comenzaste a distanciarte. Entonces, me di cuenta del terrible error que había cometido.

Jodie jugueteó con uno de los botones de su camisa.

—Y, entonces, necesitaste mi ayuda para atrapar a un narcotraficante.

—Eres buena, Jodie, pero ciertos agentes me debían un par de favores y podría habérselo pedido a ellos...

—¿Entonces?

Alexander sonrió.

—Entonces, te lo pedí a ti porque te estaba perdiendo -confesó besándola con ternura-. Era la única manera de acercarme a ti.

—¿Y Kirry?

—Nunca me gustó y, desde mi fiesta de cumpleaños, no la quiero ni ver. ¿No te lo ha contado Margie?

Jodie negó con la cabeza.

—Cuando mi hermana me contó que habías oído nuestra conversación, me emborraché. Me bastaron dos whiskies para llamarte y pedirte perdón y tú sabes que no suelo pedir perdón así como así.

Jodie se derritió en sus brazos.

—Estaba tan avergonzada por lo que había pasado...

—A mí me encantó -apuntó Alexander besándola-. Soñé con ello, de hecho, toda la noche.

—A mí me pasó lo mismo -murmuró Jodie.

—Creí que te gustaba Brody -murmuró Alexander-. Lo creí hasta que te fuiste a por aquel hombre con el coche. ¡Y pensar que te podría haber perdido!

—Soy más dura que muchos vaqueros -bromeó Jodie.

—Y más dulce que la miel -añadió Alexander-. Ven aquí -añadió apretándose contra ella-. Me estás matando.

—¿Qué?

Alexander la miró a los ojos.

—¿No te das cuenta de cuando un hombre está ansioso por acostarse contigo?

Jodie lo miró con las cejas enarcadas mientras Alexander apretaba su cadera contra ella para que notara su erección.

Jodie tragó saliva.

Alexander, lo del camisón transparente y la caja de preservativos era una broma...

Aquello hizo que Alexander estallara en carcajadas.

—Eres la persona con la que más me río -suspiró-. En cualquier caso, te aseguro que daría un brazo por poder hacerte el amor ahora mismo.

Jodie se sonrojó por completo.

—Supongo que uno de nosotros podría bajar un momento a la farmacia -murmuró.

—Ahora no, pero te prometo que cuando terminemos el caso vamos a tener que hacer una visita a la farmacia.

—Muy bien -río Jodie.

—Me pasaré mañana por la mañana a buscarte al trabajo sobre las nueve -murmuró Alexander besándola-. Te voy a llevar yo personalmente a Jacobsville.

—Veo que estás realmente preocupado.

—Sí, Jodie, estoy realmente preocupado. No abras la puerta a nadie y no contestes el teléfono.

—¿Y si eres tú?

—¿Sigues teniendo el móvil que te di?

—Sí.

—Tenlo conectado por si necesitamos hablar. No dudes en llamarme si tienes miedo.

—De acuerdo.

Alexander la besó por última vez y se fue.

Jodie se apoyó contra la puerta mareada por todo lo que estaba sucediendo en su vida. Alexander estaba intentando decirle algo, pero no sabía qué era.

Se lo estuvo preguntando durante toda la noche y cuando amaneció todavía no había dilucidado una respuesta.

-¿Cómo que te vas a ir tres días de repente? -bramó Brody a la mañana siguiente-. ¿Qué voy a hacer sin secretaria? ¡No pretenderás que escriba yo las cartas!

Jodie se dio cuenta de repente de que aquél era el verdadero Brody. Jamás lo había visto tan furioso.

—No soy tu secretaria -le recordó.

—Me da igual, pero te encargas del correo y de todo lo demás.

Llámalo como quieras, pero es una porquería de trabajo -ladró-. ¿Es por lo de Cara? Tienes miedo y te vas, ¿verdad?

Jodie lo miró a los ojos, se puso de pie y se acercó a él con cara de pocos amigos.

—¿Tú te quedarías en la ciudad si te estuviera buscando para matarte? Escúchame, Brody, los narcotraficantes no se andan con tonterías. Ya han matado a dos niños pequeños que no habían hecho nada más que vivir en la casa de al lado. ¡Cara pertenece a ese mundo tan asqueroso y si tú la defiendes te conviertes en su cómplice!

Brody se quedó alucinado. En el tiempo que llevaban trabajando juntos, Jodie jamás le había hablado así.

Jodie se colgó el bolso del hombro y terminó de recoger sus cosas.

—No te molestes en guardarme el trabajo. ¡Lo dejó! -le espetó-. No estoy dispuesta a pasarme la vida subiéndole el ego a un hombre que cree que mi trabajo es una porquería. Una cosa más, Brody. ¡Tú y tu novia la narcotraficante os podéis ir al infierno!

Dicho aquello, Jodie se dio la vuelta y salió de su despacho.

Alexander tenía razón, aquel trabajo era una pérdida de tiempo. Ya encontraría algo mejor, seguro que sí.

De camino a la puerta, estuvo a punto de chocarse con Phillip Hunter, el guarda de seguridad que había ayudado a la DEA en la redada.

—¿Se va usted, señorita Clayburn?

—Me voy, Hunter -contestó Jodie.

—Maravilloso, venga conmigo.

Jodie lo siguió sorprendida pues jamás había hablado con él.

El guardia de seguridad la acompañó hasta un despacho y cerró la puerta. Dentro se encontraban Colby Lane, otro amigo de Alexander, y el mismísimo Eugene Ritter, el presidente de la compañía.

—Siéntese, señorita Clayburn -le indicó Ritter sonriente.

Jodie se sentó e intentó disculparse.

—Señor Ritter, se lo puedo explicar...

—No hace falta -le dijo el hombre de pelo canoso y ojos azules-. Ya lo sé todo. Cuando este caso haya concluido, y según lo que me ha dicho el señor Cobb va a ser pronto, ¿qué le parecería trabajar

en un departamento donde sus conocimientos serán mejor aprovechados?

Jodie se había quedado sin palabras.

—Philip quiere irse a nuestra filial de Arizona y Lane lo va a reemplazar. Todos sabemos que es usted un as de los ordenadores y Lane quiere que trabaje con él. ¿Le gustaría que la contratáramos como asesora de seguridad? Le aseguro que recibiría un buen sueldo y tendría toda la autonomía dentro de la empresa que necesitara. Lo malo es que tendría que viajar usted de vez en cuando para visitar nuestras filiales. ¿Supondría eso un problema?

Jodie negó con la cabeza.

—¡Bien! -exclamó el señor Ritter frotándose las manos-. Entonces, voy a hacer que redacten un contrato para que su abogado lo lea y lo firme usted si lo estima oportuno cuando vuelva. Le aseguro que cuando vuelva va a encontrar muchos cambios por aquí. Me había apoltronado en nuestra filial de Oklahoma y no me estaba enterando de nada de lo que sucedía por aquí. Si Alexander Cobb no hubiera alertado a Hunter de lo que estaba ocurriendo en el almacén, nos podrían haber denunciado por delitos federales sin haber hecho nada. Dígale a Cobb que le debemos una.

Jodie sonrió.

—Lo haré -contestó-. Muchas gracias, señor Ritter. Le prometo que no lo defraudaré.

—Lo sé, señorita Clayburn -sonrió el hombre-. Hunter la acompañará fuera por si acaso aunque no creo que necesite usted mucha protección después de lo que me han contado que hizo el otro día.

—No me vendrá mal la compañía hasta que llegue mi taxi -contestó Jodie-. Gracias.

—Estaremos en contacto -se despidió el señor Ritter.

Hunter la acompañó hasta el taxi.

—Si ocurre algo, no se meta en problemas. Deje que la policía que la está protegiendo se encargue de todo -le aconsejó.

—Muy bien, pero no creo que me pase nada.

—Después de ver lo que hizo la otra noche, yo tampoco lo creo, pero de todas maneras tenga cuidado.

—Lo tendré, gracias.

Hunter cerró la puerta del taxi y observó mientras el coche oscuro que había aparcado enfrente de la empresa lo seguía.

Mientras tanto, en el interior del taxi, Jodie deseó que Cara y su grupo intentaran ir a por ella para que la apresaran y fuera a la cárcel, que era donde merecía estar.

Cuando llegó a casa, Alexander la estaba esperando. Recogieron su equipaje y pusieron rumbo a Jacobsville.

Jodie no tuvo tiempo de contarle a Alexander todos los cambios que se habían operado en su vida, así que decidió guardárselo para más adelante y darle una sorpresa.

Se sentía orgullosa de sí misma y la nueva confianza se debía de notar pues tuvo un sorprendente efecto en su amiga Margie.

—Estás diferente -le dijo abrazándola.

—Es que he estado haciendo ejercicio -bromeó Jodie.

—Sí, ahora tu amiga se dedica a atropellar a asesinos con el coche -bromeó Alexander.

—¿Qué? -exclamó Margie.

—Aquel hombre iba a disparar contra Alexander, así que, ¿qué otra cosa podía hacer? -le explicó Jodie.

Margie miró a su hermano, que asintió y sonrió.

—¿Qué os traéis entre manos? -quiso saber Jodie.

—Nos pasamos mensajes por telepatía -contestó Margie-. Llegas justo a tiempo de probarte el vestido que te he preparado para la fiesta de Halloween.

—¿La fiesta de Halloween?

—Sí, es el sábado -contestó Margie-. ¿Se te había olvidado o qué?

—Se me han pasado las semanas volando -contestó Jodie-. Supongo que ha sido porque he estado muy ocupada.

—¿Escribiendo poemas sobre mí? -bromeó Alexander subiendo las maletas.

—¡Yo no escribo poemas sobre ti! -protestó Jodie.

Alexander se limitó a reírse.

—Y los lee en el escenario de un café retro -le dijo a su hermana.

—¿he verdad? -preguntó Margie-. Jodie, cuando vaya a tu casa a Houston quiero que me lleves a ese lugar. ¡Me encantan los cafés y la poesía! No te puedo imaginar leyendo en un escenario o conduciendo un coche contra un hombre disparando -añadió su

amiga sacudiendo la cabeza-. Jodie, has cambiado.

Jodie asintió.

—Yo opino lo mismo.

Margie la abrazó de repente.

—¿Seguimos siendo amigas? Ya sé que no me he comportado muy bien en el pasado, pero yo también he cambiado, de verdad. ¡Ahora, sé hacer canapés! He recibido clases de cocina, así que ahora puedes venir aunque no esté Jessie y jamás te pediré que te vuelvas a encargar de la comida.

—Verlo para creerlo -sonrió Jodie.

—Ya lo verás. Me voy a encargar de todo. Derek dice que voy mejorando mucho -dijo Margie sonrojándose levemente.

—¿El primo Derek ya ha llegado? -preguntó Jodie.

—Lo cierto es que no es mi primo, pero me acabo de enterar -contestó Margie-. Creo que el primo Derek quiere ser mucho más que mi primo.

—Ya iba siendo hora de que te dieras cuenta -sonrió Jodie-. Es tu tipo de hombre.

—Vamos a la cocina a ver qué hay de comer. No sé tú, pero yo estoy muerta de hambre -dijo Margie avanzando por el pasillo-. No te tomes esto a mal, pero, ¿por qué han venido los dos hermanos de Derek y qué hacéis Alexander y tú aquí de repente?

—Lo que ocurre es simplemente que alguien va a intentar matarme -contestó Jodie muy seria-. Pero tu hermano lo va a impedir con ayuda del primo Derek y de sus dos hermanos.

—Claro, así que están intentando matarte, sí -dijo Margie.

—No es una broma -dijo Alexander acercándose a Jodie y besándola con ternura-. Me tengo que ir. Derek ya está aquí y sus hermanos llegarán en un par de horas. No tenéis que preocuparos por nada.

—Excepto porque te peguen un tiro -contestó Jodie con preocupación.

Alexander se abrió la chaqueta y le señaló la pistola.

—Sí, ya sé que eres indestructible, pero te agradecería que volvieras de una pieza, ¿de acuerdo?

Alexander la miró a los ojos y sonrió con dulzura.

—Trato hecho. Hasta luego -contestó despidiéndose también de su hermana.

—Es increíble cómo cambia la gente -comentó Margie mientras Jodie veía como Alexander desaparecía por el pasillo.

Aquella tarde, Alexander se reunió con su grupo para intercambiar datos y establecer un plan.

No sabían dónde estaba Cara Domínguez ni quiénes eran sus hombres. Tampoco hasta qué punto Brody Vance estaba implicado, pero sí que sabían que el guarda de seguridad del aparcamiento del almacén estaba implicado.

Adrede, la DEA no fue a por él sino que se limitaron a intervenirle el teléfono.

Por ese método, se enteraron de que en el almacén todavía había un importante alijo de cocaína.

La DEA tenía que atraparlos con las manos en la masa para tener pruebas sólidas que pudieran mandarlos a la cárcel a todos, en especial a Cara.

Pero resultó que Cara Domínguez había desaparecido de la faz de la tierra. Se apresuraron a detener al guardia de seguridad, pero no dijo nada.

Entraron en el almacén y sólo encontraron cajas con equipos de perforación petrolera. Ni siquiera los perros adiestrados encontraron rastro de la droga.

Para colmo, todos los que conocían a Cara Domínguez tenían amnesia de repente y ni siquiera la recordaban.

Lo único bueno de todo aquello era que la operación los había descontrolado y habían tenido que esconderse. Obviamente, Jodie ya no estaba en peligro.

Alexander estaba seguro de que Kennedy había tenido algo que ver en la desaparición de Cara y del alijo de cocaína, pero no tenía pruebas que lo demostraran. Lo único que pudo hacer fue arrestarlo y acusarlo de proporcionar información a un narcotraficante.

Alexander volvió a Jacobsville el viernes y encontró a Margie y a Jodie en la cocina haciendo canapés mientras el primo Derek y sus dos hermanos se encargaban del embutido.

—Ha desaparecido -anunció Alexander-. No la encontramos por ningún sitio y el alijo de drogas también ha desaparecido. Me alegro porque tú ya no estás en peligro, pero no era así como yo quería que se resolviera este caso.

—¿Eso quiere decir que nos volvemos a casa? -preguntó uno de

los hermanos de Derek.

—¿No os vais a quedar a mi fiesta? -protestó Margie.

—No, lo siento -se excusaron los dos saliendo por la puerta.

—Me parece que eso quiere decir que el único representante de mi familia voy a ser yo -sonrió Derek.

Mientras Margie y Derek coqueteaban, Alexander tomó a Jodie de la mano y salieron por la puerta trasera.

—¿Dónde vamos? -quiso saber ella.

—Ahora que nadie nos va a pegar un tiro, me gustaría dar un paseo contigo -contestó Alexander entrelazando los dedos con los suyos.

Rodearon la casa y avanzaron por el sendero que pasaba junto a las cuadras.

—¿Cuándo tienes que volver al trabajo? -le preguntó a Jodie.

—No lo sé exactamente, pero supongo que la semana que viene -sonrió Jodie enigmática.

—Sigo creyendo que tu jefe tiene algo que ver en todo esto. No lo puedo demostrar, pero estoy seguro de que no es tan inocente como quiere hacernos creer.

—Yo creo lo mismo -dijo Jodie sorprendiéndolo-. Por cierto, dejé el trabajo antes de venir aquí.

—¡Me alegro! -exclamó Alexander abrazándola-. ¡Estoy muy orgulloso de ti, Jodie!

—No lo estés demasiado, porque voy a seguir trabajando para el señor Ritter -rió ella-, pero va a ser en algo completamente diferente.

—¿De qué se trata?

—Voy a trabajar con Colby Lane en el departamento de seguridad, como consultora -contestó Jodie-. El señor Ritter me ha dicho que tendré que viajar de vez en cuando, pero no va a ser muy a menudo.

Alexander se quedó mirándola intensamente.

—Mientras sea sólo de vez en cuando, está bien. Seguro que serás un genio en ese trabajo.

—Sí, por cierto, creo que el señor Hunter está realmente molesto porque Cara consiguiera entrar en el aparcamiento.

—Sí, pero le podría haber sucedido a cualquiera. Ahora, vamos a vigilar de cerca a Brody y no, no lo vas a hacer tú. Lo va a hacer

Lane. Prométeme que no vas a correr riesgos.

—Prometido -contestó Jodie-. ¿Y quién fue el que me indujo a correr riesgos poniendo un micrófono bajo una mesa de cierto café?

—Lo hiciste de maravilla -contestó Alexander mirándola a los ojos-. Estoy muy orgulloso de ti. Hemos hecho un maravilloso trabajo en equipo.

—¿Verdad que sí?

Alexander la tomó entre los brazos.

—Se me acaba de ocurrir otra cosa en la que podríamos formar también un maravilloso equipo -murmuró besándola.

—¿En qué estás pensando? -murmuró Jodie buscando sus labios-. ¿Tiene algo que ver con pistolas e investigaciones?

Alexander sonrió lentamente.

—Estaba pensando más bien en algo que tiene que ver con preservativos...

Mientras Jodie intentaba asimilar aquella frase, llegó hasta ellos una voz penetrante.

—¡Jodie! -gritó Margie-. ¿Dónde estás?

Alexander levantó la cabeza. Parecía tan mareado como Jodie.

—Jodie! -insistió Margie.

—¡Ya voy! -Contestó Jodie.

—Las hermanas son una lata -suspiró Alexander.

—Seguro que es un desastre del que solamente yo me puedo hacer cargo -comentó Jodie sonriente.

—Muy bien, pero esta noche eres mía -contestó Alexander con voz ronca.

Jodie se sonrojó ante cómo lo había dicho, se dio la vuelta y corrió hacia la casa.

Capítulo Once

La noche siguiente, Alexander observó cómo Jodie bajaba las escaleras antes de que llegaran los invitados.

Habían pasado el día juntos , montando a caballo y hablando. No habían vuelto a tener ningún encuentro físico, pero había una complicidad entre ellos que todo el mundo percibía.

Jodie llevaba un vestido rojo que hacía ondas en el dobladillo y que tenía el cuello elástico para poderlo doblar sobre los hombros. Llevaba también tacones altos y más maquillaje que de costumbre.

Estaba impresionante.

—Te comería de postre -murmuró Alexander cuando llegó a su lado.

—Lo mismo te digo -contestó ella mirándolo con adoración-. Tu hermana me ha dicho que va a venir un montón de gente.

—Para mí será como si solamente estuviéramos tú y yo -contestó Alexander.

Por cómo se lo había dicho, Jodie estuvo a punto de creérselo.

—Me parece que a Margie le pasa lo mismo con Derek -murmuró ausente-. Es una pena que sus hermanos se hayan ido.

—No son de mucha fiesta -contestó Alexander.

Jodie asintió.

Se miraron a los ojos y Jodie sintió que su relación había cambiado profundamente. Atrás habían quedado las peleas sin fin. Se sentía nueva, joven y con ganas de comerse el mundo y, a juzgar por la cara de Alexander, a él le pasaba lo mismo.

—¿Te gustan los matrimonios rápidos? -le preguntó Alexander de repente.

—Supongo que depende de la pareja -contestó Jodie-. Si se conocen desde hace mucho...

—Yo te conozco a ti casi antes que a mi hermana -apuntó Alexander mirándola con intensidad-. Me quiero casar contigo, Jodie.

Jodie abrió la boca para hablar, pero la sorpresa la había dejado sin palabras.

—Suponía que te iba a pillar por sorpresa, así que no hace falta que me contestes ahora mismo -añadió Alexander-. Piénsatelo. Vayamos a recibir a los invitados y cuando hayamos bailado todo lo que nos dé la gana en la fiesta te lo volveré a preguntar.

Jodie lo acompañó sin protestar y sin creerse realmente lo que acababa de escuchar. Alexander no era el tipo de hombre que buscaba casarse. Debía de ser que aquel caso que había quedado sin resolver lo había dejado temporalmente loco.

Sin embargo, por cómo la agarraba de la mano y por cómo la miraba, cualquiera hubiera dicho que había cambiado de parecer.

Sólo tenía ojos para ella. Kirry no había ido a la fiesta, pero aun así había muchas mujeres guapas. Alexander ni siquiera las miró de reojo.

Sólo bailó con Jodie y la agarraba con tanta fuerza contra su

cuerpo que la gente que los conocía desde hacía muchos años comenzó a especular con que tuvieron una relación amorosa.

—Nos están mirando -murmuró Jodie mientras bailaban.

—Pues que miren -contestó Alexander mirándola con cariño-. Me alegro de que estés trabajando en Houston. Así, no tendré que buscarme excusas para venir a Jacobsville a verte.

—Antes no te gustaba -murmuró Jodie.

—Antes nunca había estado tan cerca de ti -contestó Alexander-. He vivido toda la vida intentando olvidar cómo era mi madre. Por su culpa, he sufrido mucho emocionalmente y no me he querido acercar demasiado a las mujeres. Lo cierto es que creía que a ti te tenía a una buena distancia de seguridad -añadió chasqueando la lengua- y luego resultó que comencé a acercarme a ti por motivos de trabajo y he caído en mi propia red.

—¿De verdad? -dijo Jodie maravillada.

—Ten cuidado -susurró Alexander-. Hablo muy en serio. Es demasiado tarde para echarse atrás, Jodie. Yo no puedo -añadió dándole un beso en la nariz.

La apretó todavía más contra su cuerpo y Jodie emitió un grito de sorpresa al ver el deseo con el que la miraba.

—Ten cuidado -le advirtió-. ¡Estoy que exploto! Como sigas así, a lo mejor te violo en un armario.

—Si hablas en serio, llévame a un armario ahora mismo -dijo Alexander.

Jodie se rió. Alexander, no.

—¿Qué te parecen las parejas que huyen y se casan por ahí?

—¿Cómo dices?

—Te metes en un coche, huyes a México en mitad de una fiesta de Halloween y te casas -contestó Alexander-. Mucha gente de este país lo hace. Podríamos llegar al aeropuerto en unos seis minutos y estar en México en menos de una hora. Ya nos casaríamos en Jacobsville más adelante.

—¿Entonces para qué irnos a México esta noche? -preguntó Jodie sonrojándose.

Alexander la tomó de las caderas y la apretó contra su erección.

—No me parece una buena razón para irnos a México ahora mismo -dijo Jodie mientras su cuerpo le decía a su cerebro que se callara.

—Eso es lo que tú te crees -contestó Alexander.

—¿Y si te digo que sí? -dijo Jodie de repente-. Si digo que sí, podrías encontrarte atado a mí de por vida cuando lo único que quieres es un alivio inmediato y para eso lo mejor sería que fuéramos a mi habitación ahora mismo...

Alexander dejó de bailar y la miró con solemnidad.

—Quiero estar casado contigo para tomar posesión de tu cuerpo -le dijo-. Vente conmigo -la retó-. ¡Ahora mismo!

Era una locura, pero a Jodie se le estaba empezando a contagiar.

Venga, ponte un abrigo y no se lo digas a nadie. Ya pensaré yo en una excusa para Margie.

—Muy bien -accedió Jodie por fin-. Dile algo convincente -añadió subiendo las escaleras rápidamente.

Poco después, estaban volando hacia El Paso donde alquilaron un coche para cruzar la frontera. Una vez en México, encontraron una pequeña capilla y a un cura que los quiso casar.

Tres horas después, se encontraban en la enorme cama de una habitación de un hotel del golfo de México desde el que se oían las olas del mar.

A la mañana siguiente, Jodie se levantó con un maravilloso aroma a café recién hecho.

—Hola -la saludó Alexander muy sonriente-. He pensado que, después de la noche, necesitarías reponer fuerzas.

Aquello hizo reír a Jodie, que se levantó y se acercó a él.

—Ten en cuenta que anoche no me atrevía a desplegar todas mis dotes amatorias por respeto a que era tu primera vez -sonrió Alexander.

—Vaya -comentó Jodie.

—Hay millones de posibilidades -continuo Alexander-. Si quieres, luego las exploramos.

—¿Luego? -exclamó Jodie.

—Sí, había pensado que podríamos salir a dar una vuelta y a comprar cosas...

Por cómo estaba reaccionando el cuerpo de Jodie, Alexander entendió que no era eso lo que ella quería.

—Claro que también podríamos quedarnos en la habitación desayunando y...

—¿Y...? -sonrió Jodie.

Alexander también sonrió. Jodie se abalanzó literalmente sobre él y casi consiguieron llegar a la cama.

Dos días después, completamente destrozados, volvieron al rancho con regalos para todos.

Margie se mostró encantada de que hubieran huido juntos, pero insistió en que se casaran inmediatamente en Jacobsville.

Así lo hicieron y pocos días después Jodie tuvo que volver a Houston para incorporarse a su nuevo trabajo.

A pesar de lo que le había dicho a Brody cuando se había ido, el hombre no parecía enfadado. Cuando fue a saludarlo, se comportó como si jamás hubiera habido un altercado entre ellos.

Cara Domínguez seguía sin aparecer y seguía habiendo un alijo de droga que tampoco aparecía por ningún sitio. Los guardas de seguridad estaban seguros de que tenía que estar en el almacén y les parecía imposible que, dada la vigilancia, hubieran podido sacarlo.

Poco después, Alexander le contó que la banda rival de Cara había caído al completo y que la siguiente sería la de la propia Cara.

En ese lapso de tiempo, Jodie terminó sus estudios de informática y Margie fue a verla varias veces mientras ultimaban los detalles para un desfile con su ropa. Por supuesto, en una tienda que no era la de Kirry.

Jodie y Alexander se compraron una casita a las afueras de Houston y Margie, que no daba crédito al cambio experimentado por su amiga, les ayudó a decorarla.

En efecto, Jodie se había vuelto una mujer independiente, fuerte y segura de sí misma.

Una noche, Johnny, el dueño del café al que solía ir, la llamó para darle una maravillosa noticia.

—¡Quieren publicar mis poemas! -le dijo Jodie emocionada a Alexander.

· -Confiesa ahora que los escribiste pensando en mí -sonrió Alexander.

Jodie suspiró.

—Sí, es cierto -confesó-, pero me temo que eso se ha acabado.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Porque para escribir buena poesía hay que estar triste y te

aseguro que yo en estos momentos no estoy triste en absoluto -contestó Jodie desabrochándole los botones de la camisa.

—Me alegro de oír eso porque pienso hacer todo lo que esté en mis manos para que sigas sintiéndote así -murmuró Alexander.

Y lo hizo